

*Hilando al tiempo
de cristal*



Antara G. del Angel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Hilando al tiempo de cristal

A la memoria de Emilio del Castillo Kuri: Mi primo

Arturo G. del Angel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Hilando al tiempo de cristal

© 1994. UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

ISBN 968-6340-37-8

Impreso en México

Lic. Gerardo Sosa Castelán
Rector

Lic. Juan Manuel Camacho Bertran
Secretario General

Profr. Rafael Cravioto Muñoz
Coordinador de Asesores

Lic. Evaristo Luvián Torres
Coordinador de Extensión Universitaria

LAE Miguel Angel Lases Mina
Director General de Comunicación Social y Relaciones Públicas

INDICE

	Pág.
Arturo G. del Angel: Angel Subempleado	7
Hilando al tiempo de cristal	9
A la memoria del olvido	25
Los clavos del escapulario	31
María, siempre María	47
El ángel de moneda	51
Noción del tiempo infinito	65
Balada de invierno	71
Epístolas a María Dolores	85

cicatriz que no cierra porque todo es sorpresa, rayo con sus estridencias clavado en la memoria. Porque Del Angel también es poeta: Si la metáfora es la flecha directa a la memoria, curso sinuoso del ritmo según tiemble la razón, entonces, todo cabe en la palabra si el verbo no pierde su transparencia luminosa.

En su primer libro de cuentos, *Hilando tiempos de cristal*, colecciona naufragios con una prosa abigarrada y profunda, que en veces es pincelada y a veces brochazo de tristeza contenida bajo la mueca de una sonrisa irónica; pinta con una despiadada ternura las pasiones sórdidas y los desencuentros que percibe con sus censores de creador preocupado del ser y de la nada, de la nostalgia envuelta en papel celofán. Ninguna atmósfera escapa a su sensibilidad, tan desbordada como su creación. Creación que recurre, insistentemente, al uso del adjetivo para agobiar con la repetición. Ningún personaje conserva el estilo, por el contrario, se ahoga en el fondo de su gozo, de sus pasiones y sus miserias.

A lo cotidiano G. del Angel mezcla la reflexión existencial -punto de partida y de llegada de sus obsesiones-: lo superfluo es la agarmasa desde la cual sus personajes se adhieren al tiempo y a nuestras cosas sagradas o profanas, de tal suerte que al final nos muestra que, en ellos como en nosotros o en nosotros como en ellos los vicios son la prueba irrefutable de la existencia de aquellos, y a la vez, la constatación de nuestra propia existencia: tengo vicios, luego, existo.

Si escribir es exilio y la literatura su acompañante, Arturo G. del Angel es ángel subvertido en el reino de la letra. Si escribir es imaginar nuevos mundos, Arturo sabe que a cada texto le corresponde una metáfora en sentido inverso y de la misma proporción, y G. del Angel sabe que a cada cuento volcado en tinta le corresponde un desplazamiento del alma que sumerge.

Ciudad de México, octubre de 1993.

**Hilando
al
tiempo
de
cristal**

A mi abuela

*Para preservar esa vida, para evitar
que se pierda, es necesario escribirla:
sumergirse en la oscuridad de un pasado
que sólo las palabras y su impredecible
dinámica podrán ir descubriendo.*

Federico Campbell

Creo que soy Raquel, y muero eterna en la vida enterrada de la que creo que fue y en veces es Francisca. Mi vida se consagra hora tras hora en mi piel marchita, en mis manos cuarteadas, en mis piernas que no sostienen ya el tiempo, en mis dedos que adivinan la diadema de mis nietas. Abro los ojos, y ciega ya, veo en el cielo el tálamo fúnebre de ¿Francisca ó Raquel?, que espera recostada saber de mis labios y mi lengua el correr perpetuo de su muerte en esta mi vida; en este su recuerdo húmedo por el vaho y la saliva de mis últimas horas. Fui Raquel y también soy Francisca.

Mi nana decía que nacimos en un crepúsculo, en un solsticio de primavera; también decía que cuando mi madre dio a luz el cielo era violeta cálido, que las nubes pintaban

figuras de alabastro -una era el niño Dios y otra la Virgen María, también había dragones y centauros- que el viento helado con resoplones movía. Y todo para las niñas que venían, y todo para la madre que se iba y se iba. También decía que el día que nacimos mi papá se encontraba en la hacienda de Teña, en Zumpango. El era el mejor jinete: cruzaba todo el monte cabalgando hasta Téllez. Esa tarde mientras nos desbordábamos por la entropierna carmín de mi madre, él pintaba el cerro del Elefante con un hilito de arena al cabalgar hasta la hacienda del Cerrito, en Téllez. Nuestra nana se acordaba que cuando nacimos, cuando el cielo era de alabastro y el viento soplabá sobre las figuras violetas de nubes bailarinas, cuando mi padre cabalgaba de Teña al Cerrito y el reloj antiguo de madera-cedro con campanas suizas marcaban las seis de la tarde, mi madre cerraba sus ojos verdemar, mientras el chocolate espeso, que siempre tomaba la nana, se derramaba con la nata obscura de leche de cabra sobre la leña al rojo vivo del fogón.

Como en un conjuro se insinuaban los ojos de mi madre en los ojos verdecetrino de nosotras. La nana decía, que cuando salió la primera cabeza de la entropierna de mamá -entre la sangre que no dejaba de manar pintando el rostro rosado de una de nosotras-, se abrían dos grandes ojos criollos, delirantes, desesperados en un intento de tragar todo el aire que había en la habitación; como vaticinio de nuestro destino. En ese preciso momento, a la loa del reloj suizo, cuando el chocolate de la nana vertía su nata en el fogón, nosotras abríamos los ojos; en ese instante, mi madre los cerraba.

La nana asustada contaba que ese día, mientras el reloj de campanas suizas hacía danzar su corazón musical, el retrato de mi abuela se movía en las paredes de nogal de la sala, y sus ojos

de aluro de plata desteñían el retoque de la fotografía; el reflejo del fuego de la chimenea pintaba, su llanto de sangre sobre la vitrina de la imagen, como en una comunión; el Cristo colonial del otro lado de la pared miraba también, ensangrentado, crucificado, desnudo, a la madre de mi madre en su destiñe de plata, anunciando que su hija nunca más abriría los ojos.

No importa ya si mi padre llegó o no, no importa ya si mi abuela lloró sangre con el Cristo, no importa ya de qué color era el cielo... si mi madre nunca volvió a abrir sus ojos verdemar, sus ojos de poesía gitana.

Decía la nana que cuando nacimos el mundo se estaba acabando, pues por todos lados tronaban balazos. Los soldados de Pachuca seguido se llevaban peones de mi padre para ya nunca regresarlos, del monte también bajaban llaneros ensombrerados llamados villistas, como jinetes del apocalipsis, pidiendo comida. Un día nos contó la nana que enfrente de la hacienda del Cerrito, cuando los soldados de Pachuca se llevaban a un peón, mi papá llegó con noventa llaneros y se dieron de balazos, todo el Cerrito se pintó de fulminantes - como cuando anunciaba la llegada el circo- que iban a parar aquí, otro allá, otros acullá, hasta que hicieron correr a los soldados. A los que quedaron tendidos les cortaron las lenguas, los dedos, los pelos con todo y pellejo de la cabeza, poniendo las mutilaciones en una bolsa para conjurar los caminos por donde habían llegado los soldados de Pachuca.

Mas qué importa si cuando mi padre luchaba en el cerro del Elefante, por entre las costillas se le empezó a salir el hígado de tanto cabalgar, qué importa si las lenguas de todos esos soldados se colgaron en los faroles, postes y letreros de los caminos que llevan a Téllez para así desenmascarar a los

soldados de Pachuca que querían venir por los peones de mi padre. Qué importa si mi padre llegó con el hígado colgando apestando a muerto sobre su caballo, qué importa si su rostro moreno de grandes bigotes y barba cerrada no volvían a pintar los montes de Zumpango a Téllez, si yo muero viva en la vida muerta de Raquel.

Mi madre había tenido a María antes que a nosotras, a Concepción antes que a María y a Teresa primero que a todas. Cada una murió al nacer. El milagro culminó, decía la nana, cuando mamá decidió cambiar su ser por el nuestro. Este pacto de vida-muerte nos marcaría el destino con la sombra lúgubre de la mujer que pensábamos era nuestra hermana: Pepa. Según la nana, Pepa sólo era hija de mi padre y a la cual mi madre nunca había conocido, pues vivía en Zumpango, nosotras en Téllez.

Téllez era el lugar más arenoso del mundo, el lugar más airoso del mundo. Era transparente, sus jagüeyes se sucedían uno tras otro por los relieves terrosos de los caminos. Téllez nunca se acababa: mirabas a la derecha y era Téllez, mirabas a la izquierda y era Téllez, mirabas para adelante o para atrás y seguía siendo Téllez. Por donde anduvieras olía a trigo o a maíz, hasta en las aberturas de los ladrillos cobre, en las paredes y techos de las casas blancas de los arenales crecían maíces y trigos que se enredaban por las ventanas y portones. La nana siempre adivinaba de donde veníamos según el olor que trajéramos prendido en los vestidos, al sur estaba el maíz, al norte el trigo.

Cuando caminábamos por los arenales la gente nunca reconocía quién era quién. Si preguntaban si yo era Raquel contestaba: soy Francisca, pero sabía que era Raquel, pues éramos la misma. Todo el mundo trataba de convencernos que

éramos dos, pero sabíamos que éramos una misma persona siempre, siempre.

Cómo poder hablar de Raquel sin enunciarme en su cuerpo, en sus manos, en sus ojos, en su figura esbelta; cómo decir que si soy Francisca Raquel habita muerta en mis palabras y si soy Raquel Francisca vive en mí muerta; cómo poder decir que soy Raquel hablando por la boca de Francisca; cómo poder decir que Francisca era la que respiraba yo la que miraba, yo era la que respiraba Raquel la que miraba.

Murmura mi nieto que la casa grande de Pachuca se vendió, oigo o sólo creo oír en el vértigo del silencio, en el vértigo de tantos años de escuchar, que la casa grande de Pachuca es ahora un supermercado; oigo o creo oír los murmulos de mi nieto bajando perpendicular por el filo de mi oído muerto o casi muerto para decir: la casa grande de Pachuca se cayó.

Mi nana ya no pudo decir más. Mi nana dejó de respirar el día en que se leyó nuestra patria potestad: nos quedaríamos al cuidado de la hermana Pepa. Cuando la nana se enteró de la noticia sólo alcanzó a tocarse el corazón sentándose en la vieja mecedora -donde mi madre había tejido todas nuestras chambritas, todas las chambritas que destejía también en la ausencia de las hijas muertas, las muertas, las remuertas que eran enterradas con los suspiros de Téllez por no respirar-. Fue como si buscara ese rinconcito tibio donde se tejió nuestra historia. Un rayito de sol proveniente del tragaluz de la sala dibujó su cara arrugada de cobre jaspeado y sus labios anchos, que se cerrarían solamente después de decir que eso era una inmoralidad. Nunca supe, hasta treinta años después, por qué la nana había pronunciado esas palabras antes de morir. Quedó ahí la nana, con su cuerpo generoso, con su traje siempre remenda-

do, con sus zapatos de lodo limpio, su olor a leche cortada y cebolla. Quedó así, hilada entre el estambre de nuestra historia, sentadita y dulce llena de nosotras, de ella y nuestros recuerdos.

Francisca y yo llegamos a la casa grande de Pachuca después de que en un día muy frío cuando el viento como nunca alzaba remolinos de estiércol por todo el arenal y en el firmamento no había una sola figura que bailara al ritmo del céfiro, cuando los maíces de Téllez se desprendían de toda raíz volando como asustados para pintar en el cielo los símbolos de la Virgen y el niño Dios, y así conjurar lo inconjurable, los abogados se acercaban cabalgando por el camino empapados de constitución. Ni los maíces ni los remolinos ni los jagüeyes ni todos los dedos cueros cabelludos orejas y lenguas que antaño habían sido colgados por esos mismos caminos pudieron impedir que los agraristas nos arrebataran El Cerrito y Teña, y nos expulsaran como perros de las tierras que habían visto nacer y morir a mi tatarabuelo, a mi abuelo, a mi padre, a mi madre, a mi nana, a mis hermanas... Tampoco impidieron que perdiéramos esas tierras donde Francisca y yo jugábamos como Raquel y yo.

Ocho años tendríamos a lo sumo. La casa grande de Pachuca estaba llena de cuartos por todos lados; veinte en total para Pepa y nosotras. Entrabas por una calle empedrada que te llevaba hasta el final. Ahí esperaba un portón tallado en madera con dos faroles de petróleo en forma de dragón. A la entrada había un gigantesco patio con macetas con flores de todas las especies, en el centro una fuente de piedra labrada. Lo primero que veías tras esa selva multicolor era una puerta enorme de madera que te conducía a la cocina con enormes cacerolas, enormes sartenes, enormes azulejos hasta el techo

enorme, con una enorme estufa de leña al centro. Un corredor tapizado de espejos te conducía de la cocina a la sala. En todas las paredes habían espejos porfiristas que daban la ilusión de que todo se repetía, de que todo se continuaba, de que todos éramos el cliché de un primer cliché. La sala, entre el vértigo de la repetidora, desembocaba como fauce insatisfecha hasta un pasillo tenue con espejos donde se alojaban las veinte habitaciones, una tras otra, todas de espejos hasta el suelo y hasta el mismo polvo era de espejo.

Llegando al portón de la casa, Pepa nos advirtió que no podíamos dormir en la misma habitación por lo que teníamos que dividirnos todo: faldas, cepillos, zapatos, medias y sobre todo dividirnos nosotras, inosotras!, decía que el cuarto de Francisca iba a ser el del pasillo al fondo y el mío el del pasillo al principio. Nunca entendimos, yo siempre me quedé en la habitación del fondo, Raquel en la del principio.

Al mes que murió la nana y seis meses antes de que llegaran los agraristas reclamando para el pueblo nuestras tierras, se presentó un carruaje negro tirado de caballos endrinos. Del carro bajó una mujer vestida con un faldón negro y encajes del mismo color, una blusa de seda dibujaba su torso cadavérico que también era negro, sobre la cara y cabeza le resbalaba una mascada del color de sus cabellos, que eran del color de la blusa, de la falda, de los caballos, del carruaje, del día en que el destino nos absorbería en la presencia de esa mujer que no tenía rostro, ni corazón, ni tenía entrañas: que bajaba de su carruaje ensartada en el viento para que en un suspiro nos anunciara que ella iba a ser nuestra madre; que nos llevaría a la casa de los espejos.

Pepa nunca más nos dio dinero. Nos encerró en esa casa de espejos, en esa cripta de cristal, porque las niñas decentes no

tenían que salir a la calle. Diariamente peinaba nuestros cabellos rubios en trenzas que llegaban hasta el suelo; desde que mi padre murió, la nana nunca quiso volver a cortar nuestras melenas pues decía que a el padre se le hacía deshonoroso que las niñas trajeran los cabellos cortos. Pepa no dejó que nos peináramos Raquel y yo, a ella le encantaba hacer esa labor, decía que le apasionaba observar nuestros ojos verdes enjugados de lágrimas que sacaban los tirones del cepillo sobre la enredada melena. Nos peinaba en la sala, frente a los espejos, nos obligaba a vernos en ellos sin parpadear: vara de nardo si parpadeas, decía. Los espejos nos devolvían nuestras imágenes lloronas. Veía que los espejos turbios de vaho miraban en mis ojos rosados de lágrimas en cada tirón del cepillo. Los ojos verdecetrino de Francisca se reproducían en mi piel blanca, su boca en mis manos; su cuello en mis orejas; sus dedos en mis dedos. En el bisel de los cristales la mujer de negro se alzaba eterna con el cepillo sobre nuestras cabezas, se reproducía en su mascada sin rostro, se reproducían sus atuendos negros diluyéndose en la humedad aguafuerte de los cristales; Pepa perdía el cuerpo en cada lágrima de nuestros ojos que rozaban la textura infinita de estas imágenes.

A los dos días de llegar a la casa grande de Pachuca, Pepa nos hizo lavar todos los espejos de la casa. Nos advirtió de dejarlos sin una sola mota de polvo, no dormiríamos hasta terminar. Mi mirada construía la imagen de Raquel arrodillada sobre esos arquetipos, con su frágil cuerpecito tallando, con mi frágil cara tallando, con sus manitas, con mis labios, sus ojos, tallando, tallando con xixi y jabón. Su imagen que devolvía el constante fregar, era la mía que se edificaba perpetuamente en los cristales de toda la casa. En las noches llegaba Pepa a revisar nuestra labor, checaba cada milímetro de espejo que

había en la casa, caminaba por la sala, y entre los cristales eran tres mil, cuatro mil Pepas que nos vomitaba el xixi sobre nuestras trenzas, que escupía tres mil veces sobre nosotras sus risotadas de desaprobación. Un día a Francisca se le derramó la espuma del recipiente con xixi sobre los cristales ya limpios, Pepa hizo que lo limpiara con las trenzas. Ahí estuve yo, limpiando el xixi que corroía mis manos como sulfato, ahí estuve yo observando treinta veces cómo mis trenzas lloraban treinta veces más la espuma sobre los zapatos negros de la mujer que tres mil veces no tenía rostro. Un día nos asomamos a la calle, Pepa nos observó desde su carruaje, se precipitó al interior de la casa para sorprendernos, agarró a Raquel de las trenzas y tirando de ellas con tal fuerza que del cuero cabelludo chorreaban hilos de sangre mientras en mis cabellos se iban formando costras.

Los espejos nos reproducían el dolor treinta veces más: con un cepillo, con un fuate, con varas de nardo, con las uñas; con los dientes: treinta veces más era Pepa más y más.

Fuimos embarneciendo, de nuestros rostros se descolgaron las facciones infantiles para tejer, como las chambritas de mi madre, su perfil en el nuestro. Durante un año guardamos la sangre de las entrepiernas, Pepa había sentenciado: el día que de nuestro cuerpo escurriera sangre, ese día seríamos castigadas por haber matado a nuestra madre, nos encerraría en un cuarto que se mantenía siempre cerrado bajo estricta orden de no abrirse. Un día, mientras lavábamos arrodilladas los espejos, Pepa desde la cocina observó que una mancha roja se proyectaba de un lado a otro y otro y otro por los cristales, no sabía cuál mancha era la verdadera. Caminó muy despacio por cada uno de los espejos con una vara de nardo en la mano, como cuando los revisaba para ver que no hubiera polvo,

tallaba para comprobar de dónde provenía aquella mancha infinita. Cuando la halló, ésta se plasmó en sus uñas largas, en sus dedos largos, en su olfato al comprobar lo que era. Nos hizo dar la vuelta para oler la muerte de mamá en nuestra tez, para oler su esputo en el desliz de nuestra sangre que se destejía eterna -como cuando mi madre deshilaba las chambritas anunciando el fin de sus hijas- sobre los treinta dedos de esa mujer sin rostro. Arrancó los vestidos de Francisca que insinuaban su pubertad, golpeó con la vara de nardo sus nalgas púberes, mis pechos púberes, nuestras pieles blancas. Me sentí desnuda, sentí que entre mis piernas corría la muerte de mi madre, y entonces cayeron sobre mí las imágenes de la nana, de las niñas que se escurrían por entre la entrepierna sangrante de mi madre, se escurrían los ojos verdes de sangre y placenta de Raquel en mis ojos, me escurría entre la placenta de la muerte que contenía ahora esta sangre guardada durante un año. Raquel desnuda era mancillada con la vara de nardo que devolvía la sangre impura de nuestras entrañas. Pepa gritaba que por esa sangre mi madre moría, por esa sangre que había sido de mi padre y de nosotras, él estuvo siempre alejado de ella. La vara de nardo castigaba a Francisca, mientras a mí me salían por entre los pechos los verdugones negros. Así nos quedamos Francisca y yo, desnudas, sangrantes, treinta veces golpeadas, treinta veces sangrando a mi madre, treinta veces castigadas en el cuarto que nunca se podía abrir.

Metió a Raquel en la habitación prohibida, nunca supe cómo era, pues siempre estaba oscura, sólo pude observar en aquella oscuridad al Cristo colonial que había llorado con mi abuela el día en que mi madre no volvió a abrir sus ojos. Del otro lado estaba el retrato de mi abuela mirando la pared, cuando le di la vuelta me observó con todos sus años de abuela,

la observé en su destiñe de plata. Su mirada sepia insinuaba el llanto que había derramado. Era costra la que de sus retinas se desprendía. En mis dedos embarré la sangre impura de mi entrepierna para dibujar en su mirada la sangre que ahora tenía que llorar por nosotras.

Salí de la habitación para toparme con que ya el tiempo nos había convertido en mujeres, sin saber lo que eso significaba.

De noche cuando todas las luces se apagaban y lo único que se oía eran los lamentos de los cristales; eran los reflejos de unos espejos en otros; Francisca se levantaba temblorosa; hablando sola. Se iba a la sala, se sentaba en las alfombras a contemplar su imagen delgada. Temblaba en su camión transparente, temblaba como si alguien se le hubiera metido en la piel; su cara se estrellaba en el techo, sus treinta ojos se movían por entre los biseles de los espejos, perpendiculares a los floreros, a los candelabros, a los sillones. Sus cuarenta mil manos se rompían suaves sobre su cuello que apretaba hasta dejarlo morado. Invocaba para que Raquel se levantara de su tumba transparente, de su cripta donde Pepa nos habían encerrado vivas. En medio del ritual, un día Francisca amaneció batida de sangre, recostada sobre el sillón, como perdida en un altar. Entre aquellos lagos de azogue había pintado una cruz y una leyenda que decía: "a la memoria de mi madre". En ese fango rojo, en ese fango de agua bendita Pepa la encontró temblando y agarrando de su vagina la vida de nuestra madre que se nos escapaba, no recuerdo cómo pinté los cristales; no recuerdo cuándo morí o desde cuándo habito la vida de Raquel. Envuelta entre sábanas se la llevó Pepa en su carruaje negro.

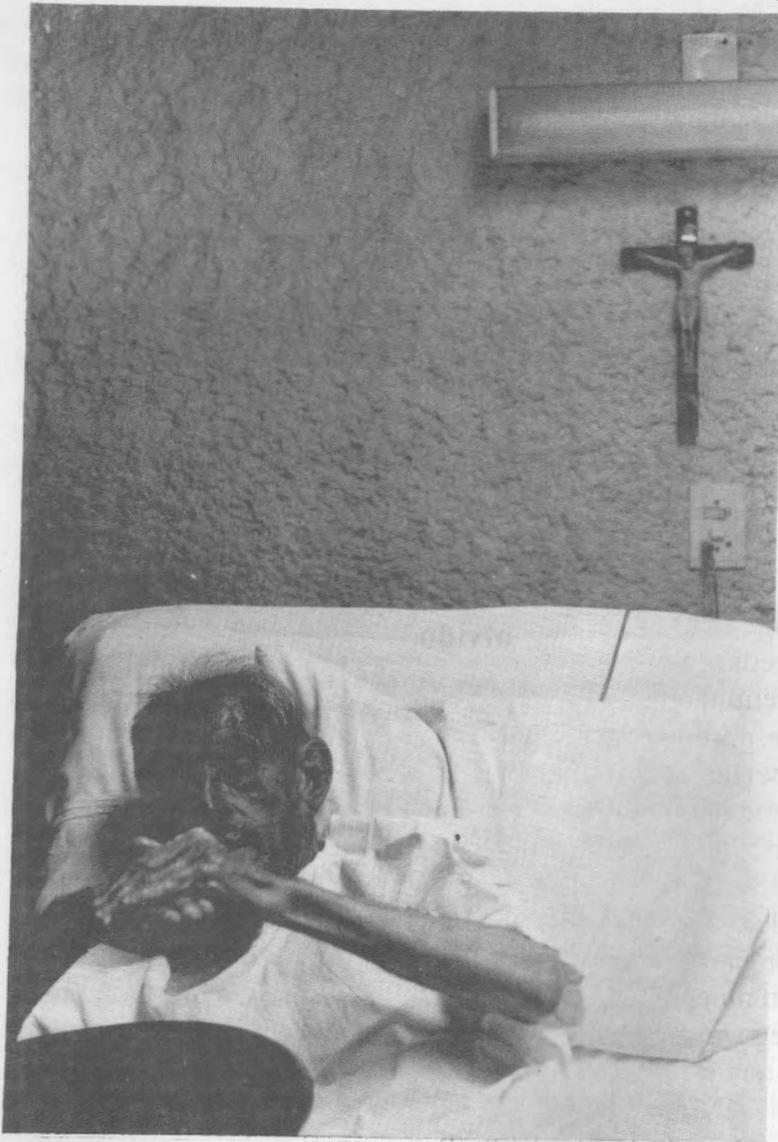
El cuarto era tenue, era blanco, la gente vestía batas blancas; me encontré amarrada en una cama de sábanas

también muy blancas mirando al techo, mirando a la luz de cloroformo y alcohol. Temblé en la casa grande de Pachuca agarrada al espejo que escupía mi imagen y me diluía en la identidad de Francisca. Llegó el médico. Amarrada no pude moverme. Violaron mi boca con un tubo que se iba introduciendo por mi garganta. Grité infinita rompiendo los cristales que no se terminaban ¡Raquel, Raquel, Francisca, Francisca, Raquel! El tubo atravesó de mi laringe, a los pulmones de los que ya no salía ni entraba aire. Todo el peso de la tierra de Téllez se empapó en mi piel que se deshilaba. Sentí que moría entre las cortaduras del cristal y las luces de los techos. Mis violadores se desparramaban en mi asfixia; pala tras pala cubrieron mi rostro de arena. Entre los cristales rotos se diluía mi sangre y la arena que caía de ningún lado. Esperé a Pepa. En mi rostro de lodo ella vomitó, escupió, batió el averno de mi sino anunciándome que ella ya nunca regresaría.

Tras el tubo ya no hubo nada más, se apagó nuestra vida. Morí entre los pedazos de cristal: morí de asfixia en pasillos lúgubres de cloroformo y alcohol, morí en el cuerpo de Francisca; morí como Raquel, morí como todas las hijas de mi madre.

Ahora, aquí, sé que la mujer de endrino nunca fue mi hermana, ni nunca fue mi media hermana. Mi nieto susurró a mi oído el testamento de mi padre que encontró en los archivos de Pachuca. Papá heredaba todas las tierras a sus dos hijas, pero que mientras ellas llegaban a la edad madura sería oficio de Josefina Hernández la potestad de éstas. Josefina como legítima esposa de mi padre: fue su amante mientras mi madre vivía, fue su mujer cuando mi madre yacía muerta, y fue nuestro destino mientras mi padre reposaba en los arenales.

Creo que soy Francisca y vivo eternamente muerta en la vida de Raquel que se desprende muerta en el recuerdo que entretejemos las dos sentadas en la mecedora donde mi madre esperaba y tejía, y donde la nana se ató a nosotras y donde nosotras esperamos poner punto final a esta historia.



*No hay nada malo en la vida
para quien ha entendido
que la privación de la vida
no es un mal.*

Montaigne

Donald murió. Su recuerdo desborda noche a noche mi fatiga. Sentado en esta silla me observo al espejo. No sé cómo sucedió. Miro de mi cara ciertas partes que insinúan una juventud que se va desprendiendo. Clavo la vista en mis ojos que miran cómo el reflejo de mis canas se dibujan en su superficie. Me prendo ante esta imagen y observo cómo la vida se me agota. Son las cuatro de la mañana una vela sobre el buró sombrea solamente ciertas partes de mi rostro, esa luz es suficiente para iluminar las canas dibujadas en mi iris, ante el reflejo bajo la vista, me encuentro con las sombras que delinean los perfiles de mi boca que me habla sin sonidos, son sólo muecas de cómo debería sonreír, cómo se debería comer. Juego un poco con esta imagen y enseguida caigo en la cuenta de que no hay por qué jugar. Veo mi mentón caído como si estuviera cansado de ser un mentón; si los mentones tuvieran

voz pensarían en lo nefasto de su condición: un puro mentón que sirve de hombro para la boca, que esa sí, tiene la posibilidad de decirlo todo; más que chingaderas pienso, si a las orejas les ha ido peor, aparte de terriblemente deformes parece que la ironía de Dios las hubiera colgado de cabeza como fetos; siempre he dicho que las orejas están chuecas...

Distraigo la mirada para observar mi pequeña habitación. Hace meses me encontraba aquí hablando con Donald sobre el absurdo de la revolución en Nicaragua, sobre el absurdo de su entrada a Managua, sobre el absurdo de ser un héroe revolucionario: la utopía de las grandes creencias igualitarias se terminó, Donald no quería más que desvivirse, desvivir su pasado en un vaso de "ron de caña".

Ya de pie me alejo del buró donde está la vela; estiro los brazos y mi cuerpo forman una cruz, el rincón me impide seguir retrocediendo. Me tiro ahí, frente a la sorpresa de la vejez, de la muerte, del insomnio que sigue prendida en las horas. Caigo en cuenta de que me voy desprendiendo de la realidad. Me sorprende infinitamente: siempre he vivido en una especie muy particular de desacuerdo con la realidad porque la construí a partir de mis experiencias, a partir de mi caminar periférico a lo normal ¡Quién iba a decir que la locura estaba más acá de su aspecto puramente creencial, que yo era un simple y puro extravagante!

Al decir desencuentro, nuevamente me retumba la presencia de Donal. Su esencia está en los márgenes de esta palabra. Antes de morir por exceso de realidad me insinuó que la vida se aprende y cuando se olvida porque se vive hay que desaparecer: hay que dejar de ser. Pensar en el ser... ¡que puta ironía pensar ahora mismo en el ser, a las cuatro y media de la madrugada! Pero qué más puedo pensar si estoy siendo

azotado por la ironía de Dios. Me levanto, camino nuevamente hacia la vela, me siento, tomo el espejo del buró entre mis dedos temblorosos que lo envuelven, coloco mi frente en su fría superficie y poco a poco voy separándola hasta que toma la forma en el cristal que también tiembla como mi insomnio. Otra vez el desgaste de las horas vividas en manchas estearinas del cristal: de mi cabello sólo queda el recuerdo de que un día estuvo ahí. Lo que me han hecho las horas vividas ¡Desesperado salto de la silla que cae hacia atrás y rompo el espejo contra mi cara que se desangra! Río por no llorar, para no gritar y despertar a los malditos dormidos, a los malditos coherentes dormidos, a los malditos que saben como dormir, ¿cómo me sucedió? ¿cómo sucedió? Me limpio la risa del rostro que nefasta se va quedando pasiva, para dar paso a un leve sentido de resignación acompañado por unas gotitas saladas que vienen de mis ojos mezcladas con mi sangre, besan en silencio mi tez. La luz de madrugada empieza a deslizarse por la habitación, dibuja la inutilidad de la cama, esa maldita, puta, inútil cama que no me dice cómo usarla. Me recuesto y entre mis dedos cortados abrazo la cobija. Desde que murió Donal, hace más de cuatro meses, se me ha olvidado cómo se duerme. Nunca pensé que el dormir también se aprendiera.

La iluminación tenue del cuarto me recuerda a Donald diciendo que si no moría tendría que vivir con la indignación de afrontar los gritos de su conciencia. Esos gritos lo obligarían a matarse. Decidió no soportarlos y mejor se sentó a morir, se fue muriendo poco a poco. "La vida se aprende", fue lo último que dijo.

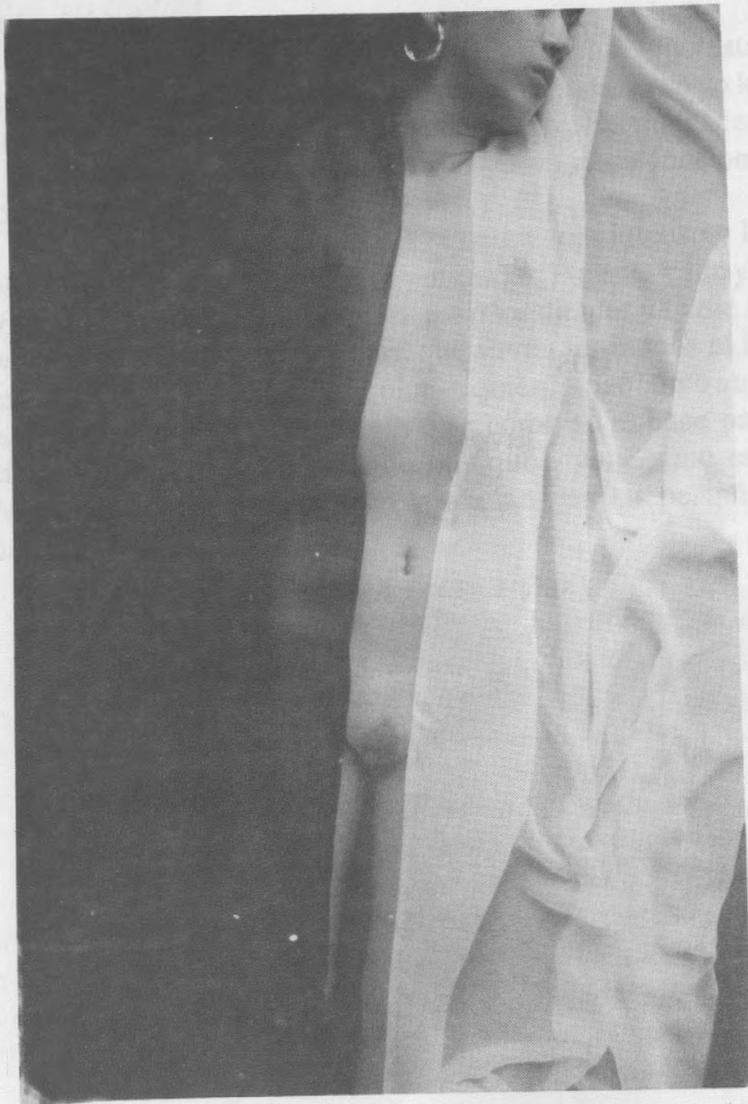
Nunca supe cómo sucedió. En la noche de su muerte, mientras acostado pensaba en las palabras de Donal, caí en

cuenta de que ya no sabía cómo se le hacía para dormir, se me había olvidado.

De repente recuerdo que para dormir hay que estar cansado, cansado, cerrar los ojos sin pensar nada. Pero yo los cierro y no me acuerdo qué paso es el siguiente. Formulo ideas de cómo dormir, idealizo sus formas pero nada funciona: Donal tenía razón.

Han pasado días, mis ojos son de un rojo intenso y las bolsas bajo ellos están hinchadas y moradas. He enflacado y el terror me abrumba. No sé cómo se usan los dientes y se me ha olvidado el masticar. No sé para qué sirven las manos ni los pies. No sé cuándo nací. No sé quién es quién. No sé cómo abrir los ojos si al tenerlos abiertos no sé cómo se le hace para cerrarlos. Se me está olvidando por qué vivo. Se me está olvidando, aquí recostado, con la mañana en las pestañas, cómo es que se vive.

**Los
Clavos
del
escapulario
A Nieves de León**



*El calmó en ti la angustia
del mundo dividido,
que había sido el legado
de tu infancia
y el súcubo de tus noches.*

Carlos Fuentes

Heme aquí, sentado ante esta máquina de escribir redactando los resultados de mis investigaciones: siempre he sostenido que el asesinar es un placer reprimido por el hombre, un vicio más o menos mitificado de acuerdo a la bondad; es decir, según nos dice la moral, que no se debe ni puede hacer. Mi teoría comprueba esta hipótesis, porque yo he terminado con la vida de mi amante. El asesinato perfecto: no hice más que platicarle, le conté que la vida es otra cosa. Se puede afirmar que la maté, sí, pero mi arma fue el lenguaje y la poesía. Ahora, aquí, con mi copa de whisky al lado, el concierto en La menor de Vivaldi sonando estereofónicamente en cada rincón de mi casa y mi cigarro dibujando figuras mitológicas en su vaivén lúdico, compruebo mi tesis: el amor es un hoyo negro de sufrimientos; un hoyo que lleva directo a desatar cada pulsión

reprimida de muerte que se encuentra en nosotros. Sobre todo, el amor puede ser lo que desata la vida coherente para depositarla en el umbral de la insania y de ahí ... ¡Soy un genio!, salud a la más fina y recatada forma de comprobar en la experiencia lo que voy a contar. Y ¡salud! también a la miserable condición que vivo a partir de mi experimento, porque finalmente yo fui la hipótesis comprobada. Me poseyó sin quererlo la condición de hipótesis quedando como una arruga en el papel de la teoría.

Siempre creí en lo nefasto del amor, en su invención para reproducirnos. Pensaba en lo terriblemente asqueroso de estar revolcando furiosamente como animales en una cama, entre gemidos, sudores y líquidos manados de otro cuerpo extraño, ¡uf!, qué intolerantes se me presentaban esas imágenes, qué poca delicadeza la de los amantes al revolcarse y entrelazarse las lenguas ensalivadas que solamente pueden ser transmisoras de quién sabe cuántos microbios. Siempre pensé que la belleza estaba íntimamente unida con el deseo greco-romano de la estética de la guerra y la conquista: la misma muerte y la destrucción, ejemplo de lo que se tenía que hacer, y cómo se tenía que hacer, esto, claro, era recompensado con el prestigio al mejor ciudadano, y el premio era la belleza de las mujeres o de los hombres o inclusive en este espíritu, de las cosas. Bueno, yo necesitaba comprobar que la fealdad era la contracara de la belleza y sus méritos sociales, era, en sí, la represión e inhibición de muchas pasiones. Entonces, el mecanismo se manifestaba en toda una institución que regulara lo bueno y lo malo, lo bonito y lo feo, y esto era la tradición religiosa. Desde la tradición greco-romana a nuestros días esto se ha transformado para dirimir y manifestarse como es en la realidad. Hoy la represión es más poderosa

y el fracaso es la fealdad mediocre: el enfoque cultural y sádico de la fealdad. Para comprobar esto tenía que encontrar a alguna mujer que cumpliera las características mediocres y clasemedieras, de las mujeres que todavía creen y están física, moral e intelectualmente reprimidas por esta tradición, y así arrebatlarla de ahí; llevarla al abismo de la designificación de sus creencias.

Caminé largamente por toda la ciudad: del sur al oriente, del oriente al norte. Entré en cada institución para buscar a la mujer de la cual, creo, me estaba enamorando sin saber quién era. Finalmente, llegué un día muy caluroso a las oficinas de Pemex, en Reforma. Entré hasta el tercer piso y ¡oh sorpresa!, me topé con la mujer perfecta: era ella, sentada en su escritorio frente a montones de papeles, perdida entre los quehaceres burocráticos de la institución, y lo mejor, sin pensar absolutamente nada. Sentada en la periferia de su escritorio secretarial se veía tan destinada a mi deseo. Calculé que tenía treinta y nueve años, aunque me hice la ilusión de que era más joven y que representaba más edad. Su cuerpo estaba cubierto por un vestido de flores rosas, de terribles flores rosas, de una tela que vulgarmente quería imitar la seda, parecía un cortinero andante. Sobresalían de las estrepitosas flores rosas sus abundantes grasas: era una mujer medianamente deforme en sus líneas físicas, o sea, no cumplía para nada la estética de belleza ni la elegancia a la cual todos estamos condenados a preferir. Sus aplasticados zapatos de tacón negro -imitación, claro, del charol- contenían sus regordetes pies blancos, tan blancos como la leche, transparentes en su textura que dejaban ver cómo corrían sus venas dentro de esta piel lechosa y de vellos negros y gruesos. Tenía unos pechos enormes y escondidos con cualquier clase de sostén, lo más interesante y lo que

me acabó de atrapar era que en su cuello, en su gran cuello blanco, colgaba un crucifijo, un crucifijo grande que gritaba: soy creyente.

Regresé al día siguiente. Me vestí con mi traje de seda Cristián Dioré (sabía que eso la iba a impresionar profundamente, el enganche tenía que ser eso, el enganche de mi delicadeza, para que pudiera depositar todos sus deseos en un traje imitación seda y unos zapatos imitación charol). Sus ojos negros -un tanto saturados por la pintura de sus párpados y el maquillaje de sus pestañas- me miraron impresionados al decirle un tanto descuidado:

-Buenas tardes señorita, espero no ofenderla con lo que le voy a decir: me gusta la caída de su crucifijo sobre la seudoelegancia voluptuosa de su ser. No se ofendió porque no entendió absolutamente nada, pero le fascinó, yo sé que le impresionó enormemente.

Me fui, tenía que ser extremadamente cuidadoso con cada paso que diera, porque si no, y se veía en los rasgos de su personalidad insegura, podía causarle temor: toda la grandeza y el desconocimiento de las gentes y las cosas causa temor. Regresé dos días después, la presioné con mi mirada para que me observara, me observó en lo que ella pensó era mi descuido y, de repente, ¡pas!, la agarré con la vista plasmada en mi persona, casi estaba atrapada, tenía que darle el toque final y ensartarla en alguna frase para llevarla a la hipnosis de mi mundo. Regresé al día siguiente con una flor blanca y le dije: -Sin afectar mis sentidos, y sin ofender la incredulidad de sus creencias señorita mía, quisiera invitarla a cenar. Entendió el cenar conmigo, nada más. Su rostro se tornó rojo, tan rojo como el vestido -de flores también - que llevaba ese día.

Sí señores, fue emocionante ese día: aceptó. Pude comprobar su nerviosismo al oler una especie de "ocho por cuatro" mezclada con un aroma axilar de bochorno sumamente penetrante. Creí, acertadamente, por esas características que era virgen. Una virgen era precisamente lo que andaba buscando.

La noche de la cena la colmé de una elegancia no artificial, de una elegancia verdadera, donde los objetos correspondían exactamente al lugar destinado a la grandeza y el prestigio, ese lugar que nada más es privilegio de unos cuantos, pero que es ofrecido grotescamente en los anuncios televisivos y en los plagios de los objetos vendidos en serie que hacen accesible a todo el mundo, aunque solamente sea la fantasía y el artificio de la elegancia lo que pueden comprar.

Le recité poesía de Apolinere, de Rimbaud, de Mallarmé, frases de Sioran y empecé, muy pero muy sutilmente, a hablarle del super hombre de Nietzsche.

Ahí estaba la base de mi experimento, tenía que meterle por todos los poros la perversión de su fe.

Cenamos a la luz de las velas mientras le preguntaba sobre su familia, su trabajo, sus amigos, su entorno en general. Espulgué el significado del crucifijo, me dio una explicación la mar de satisfactoria, todo, pero todo apuntaba a la perfección. Me dijo que pertenecía a un grupo religioso que hacían obras de caridad y evangelizaban niños. Le pregunté el sentido de todo eso:

-La bondad: es la salvación de los hombres, Dios quiere que estemos bien, pero para eso tenemos que ser buenos. Me contestó.

Le pregunté el significado de bondad. Sorprendida un poco, en primera instancia no supo qué contestar, después de unos minutos me dijo:

-La bondad es ayudar a los demás, es llevarles la luz de Dios.

Le volví a cuestionar sobre el fin último de la bondad. Sorprendida empezó a ponerse nerviosa, cambié de conversación porque si no se echaría todo a perder y tal vez se daría cuenta:

-Bueno, bueno -le dije- no sé porqué estoy preguntando tanto.

Pasaron unos minutos y le empecé a hablar sobre el amor. Le dije que tenía una necesidad muy profunda de amar a una mujer pura y noble que me amara con devoción. Otra vez el terrible olor axilar penetró por mis vías respiratorias para que ligeramente me causara una contorsión estomacal: puro y vil asco. No contestó nada y ya no insistí más. Después de la cena la dejé en su casa. Nunca tuve el desagrado de entrar a la dichosa guarida, pero sí me la imagino llena de floreros de plástico imitación cristal cortado, ositos de peluches en las cobijas que de felpa han de ser, un cuadro de Cristo o la Virgen María enmarcado en dorado con relieves y algunas flores artificiales empolvadas venerando a dicha imagen, y seguro, toda la familia gritando al compás de alguna telenovela populachera. Me imaginé eso por el color verde chillón con rosa mexicano que manifestaba la fachada y el blanco mate de los tubos de seguridad en las ventanas; quien vive en una casa con dicha fachada no puede tener un hogar de otra forma.

Estuvimos saliendo aproximadamente dos semanas en esta dinámica hasta que pensé ya estaba preparada para una de mis poesías, iba a ser la primera vez que le inyectara una poesía mía. Esa noche la invité a mi casa, so pretexto de enseñarle una edición de la biblia del siglo pasado, accedió no

sin ciertos temores de que me pudiera aprovechar de ella o algo así. Una vez en mi casa inhibí sus sentidos con el mismo whiskie que bebo ahora (fue mucho para ella, pues me dijo me dijo, en un arranque de inspiración, que nunca bebía Don Pedro). Le dije que quería leerle algo, a Guadalupe Rodríguez con amor (así es que se llamaba, hasta el nombre era perfecto):

**"De las milenarias hojas santas
descuelgan infinitas mil maldades
mil guerras
torturas
acciones de un hombre
que peca y muere
para no matar".**

Su rostro se perfilaba estúpidamente sorprendido, sus labios anchos manifestaban un enjuague de saliva como de... deseo. Sé que pude haber culminado mi labor esa noche, mas tenía que inspirarle un deseo casi onanista, un deseo que despertara las pulsiones más vehementes de su ser, los más reprimidos, aquellos que harían corto circuito con su crucifijo colgado en el cuello y lo que eso representaba. Tenía que hacer que ella cayera en cuenta de su estado ante el girar del mundo, y sobre todo, agudizara su conciencia ante lo que es la belleza y la fealdad.

No le hablé dos días y esperé a que se comunicara conmigo, esa sería la señal de que el deseo en ella cobraba una forma casi irresistible. Así fue, se comunicó al tercer día: me quería leer algo de la Biblia. Se presentó en mi casa como a las ocho de la noche, vestía un traje rosa de pliegos y zapatos de hebillita

color oro . Me leyó un pasaje de la Biblia, una Biblia con ilustraciones de lo más vulgar, de esas traducciones con interpretación la mar de distorsionadas, no puse mucha atención, pues me sé perfectamente la Biblia y sobre todo el versículo de San Pedro del quehacer del amor. Le dije que era un ejemplar bastante extraño y que me parecía que esa edición perdía en interpretación, se quedó pasmada y me dijo que eran las Biblias que vendían en la institución de "los buenos hijos de Dios" (que es donde ella asistía todos los domingos y hacía obras de caridad). Corté el tema de tajo y empecé a decirle algunos aforismos de "humano demasiado humano" de Nietzsche. Finalmente a la luz de las velas, la cogí del cuello en un arranque de agresividad y como si me la quisiera comer la besé, sentí cómo su áspera saliva se mezclaba con el entorno de mis labios, ella sólo alcanzó a poner las manos sobre mi pecho como en una resistencia no tan resistencia y que finalmente culminó en un abrazo. Sentí cómo los músculos aguados de sus antebrazos rodeaban mi cuello, empecé a imaginarme a una vaca mamando y gimiendo, porque eso sí, la muy inexperta gemía con la nariz, de la cual se desprendía un olor añejo, como de tripas en movimiento. Mis manos se empezaron a deslizar por el grosor de su cuello y su papada; le agarré un pecho sobre el vestido y pude comprobar que eran más aguados y caídos de lo que se veían. Gemía la muy... cristiana, y en un acto de lucidez pude escuchar el murmullo de su conciencia que repetía un constante -no, no por favor, no por favor-. Hasta ese momento me mantenía ecuánime y racional, pero su negativa me provocó tal erección que nada podría detenerme. Arranqué de un jalón el embotonado vestido y de la tela saltaron dos enormes pechos lechosos que se desparramaron por entre la faja. Me imaginaba esas verdes venas aprisionadas, llenas de

pasión y sangre, corriendo por mis manos, no le di tiempo a que se cubriera y volví a tirar del vestido hasta deshacerlo abriéndolo en dos. La faja era una sola prenda que le cubría hasta las partes nobles (y pronto innobles) de su cuerpo chusco. De las orillas de sus grandes enaguas salían como corriendo pelos, enormes, apestosos y negros pelos erizados. Se trató de cubrir con sus manos la vergüenza de su semidesnudez. Creo que fue ahí, ante la vista del otro donde empezó a cuestionarse parte de su existencia, por ejemplo, que sentiría yo al pellizcar sus grasas. Con una franca agresividad tiré de su faja cremosa mientras ella movía la cabeza, esta se iba deshilando poco a poco, como sus manos y sus ojos y su voluntad. Fue como un baile entre resistencia y creencia. Se zangoloteaba toda ante los tirones mientras sus manos trataban de cubrir lo que cada vez se iba descubriendo más. Todo, todo fue inútil, no lo hice yo, lo hizo ella misma al poner su resistencia en los límites del deseo. Las ropas se abrían todas rotas ante los dos, no quedaba más que gritarle que me daba asco, gritarle que ni todas las vírgenes, ni los santos iban a poder detener el que ella descosiera aquel manto que había cubierto durante toda su vida la realidad de su condición: a sufrir sin la bondad de Dios mi querida Lupe. Mas no le dije nada, la dejé así, descubierta y me retiré para observarla de lejos. Ahí estaba, sentada en aquel sillón, implorando con movimientos de caderas que alguien le hiciera el favor. Me observó con las manos en los pechos y lo dijo todo, lo imploró todo. La agarré de las axilas y la jalé hasta un gran sillón que se encontraba en penumbra, se fue arrasando y dejando una cola de ropas multicolores a lo largo de la sala. Nada más me bajé la bragueta y me subí la chaqueta, no quería que me salpicara de sangre ni de todo lo que fuera a arrojar: lo que tiene que hacer uno por la ciencia. Bastante

trabajo me costó encontrar entre la celulitis por dónde es qué iba la acción, y ella como no conocía su cuerpo nunca hizo nada.

Me gustaría omitir los detalles de cómo gimió, cómo escupió, cómo se murió en aquel sillón de cuero, cómo el crucifijo se le enterró en las carnes para finalmente en un movimiento salir volando.

En seguida de que terminé tuve que ir a vomitarla al excusado. No podía soportar más ese ocho por cuatro en mis narices y aquel flujo desangrante que se había hecho presa de mí y de la casa, todo lo penetraba, y ella, arrinconada en el sillón, como feto en su vergüenza nada más lloraba.

Nos separamos sin decir absolutamente ni una palabra de lo que sucedió, su escapulario no apareció ya, pues después de que se rompió lo tiré, como para que ella pensara en algún momento de angustia, que simbólicamente había sido expulsada del reino de Dios.

Me habló al día siguiente y la cité en mi casa. Al llegar lo primero que me preguntó fue por el escapulario, le dije que no se preocupara, que no importaba esa minucia de la fe. Me dijo que estaba muy desconcertada por lo que había pasado un día antes, que nunca había experimentado esas sensaciones y que, sobre todo, lo que sentía en aquel momento era muy misterioso y le daba miedo sentirlo. Esas palabras confirmaron mi idea de la represión por el miedo, todo estaba saliendo tal como lo había previsto.

-No, querida Lupe-le dije-. Esto es lo que tú has estado deseando toda la vida y en mí viste la posibilidad de lograrlo, es lo que llamaría Freud un acto fallido.

-No es verdad -me contestó. Me pidió que nos casáramos, me dijo que se sentía impura y que ante los ojos de Dios eso era terrible.

-Querida Guadalupe, el matrimonio sale de mis perspectivas, y no creo que sea conveniente que lo hablemos así. Creo que el casarse es para gente conformista, el matrimonio es un engaño de la Iglesia. Escucha esto que escribí:

A la fantasta de tu piel

Rompo en tus vestidos mi baba

Derramo en néctar el alma

Penetro ante tu Cristo al mío.

Entre la leche transparente

De tus piernas

Donde Dios y yo amamos tus entrañas

Y vaciamos de pecado a tu piel.

-Con esto, Lupe, sólo quiero decirte que el amor que sientes por Dios es el mismo amor que sentiste cuando ayer arrancaba tus ropas y te negabas a aceptar que lo que te estaba poseyendo era el amor a Cristo.

Después de esas palabras se le doblaron las piernas y se puso de tal palidez que de sus labios anchos no salieron palabras.

-Pero tranquila que no ha pasado nada -le advertí. Tranquila que éste es el procedimiento de la creación de tu Dios, y si es creación de Dios por qué habríamos de estar temerosos.

Contestó que Cristo había muerto por nosotros, que eso no era lo que él buscaba en nosotros y que seguramente estaría totalmente decepcionado de esto.

Me avalancé sobre ella tomándola de la cintura, le alcé

la falda recostándola sobre una pared y la empecé a besar frenéticamente mientras trataba de penetrarla, penetrarla en todos los sentidos, penetrarle el alma y la vagina, penetrarle el lenguaje con el mío, con una gran pasión, no con la pasión sexual, sino con la pasión de lo prohibido. No se cubría sus partes innobles, sino que se tapaba los oídos para no ser desviada en el alma, mas le fue imposible porque ya la había poseído.

-Esto es el sendero de Dios Lupe -le dije mientras ella resistía con gemidos. -Esto es la frontera de la vida y la muerte, donde los cuerpos se contorsionan, ésta la continuidad, no de ti ni de mí, sino de un Dios creador, un Dios verdadero. Nosotros Lupe, para trascender hacia la nada, donde habita no tu fantástico Dios, sino el Dios diablo que es del azar y de la nada. Le repujaba todo mi cuerpo y mientras entraba y salía por su vagina le destrozaba cada idea de Fe. Fue bautizando mis palabras con sus lágrimas y el movimiento constante del no, un no casi obsesivo. Déjate ir querida, déjate ir hasta la misma muerte, déjate ir en el místico erotismo de mis palabras, en tu sexo, y entonces verás a Dios -. Le grité en el oído mientras me derramaba por entre sus piernas, le grité:

- ¡Esto es tu Dios trascendente, ámalo hasta la muerte! Caí, caí dentro de mi experimento como el otro que negaba la fealdad. La quería destruir; ella cayó más todavía. Derrotados los dos nos cubríamos los rostros, ella lloraba sentada grotescamente sobre su vestido, en el suelo. No se percataba de la desnudez de su pecado ante mis ojos. Caído yo, impregnado de su desodorante y su flujo, observé cómo el grotesco brillo de mi traje Cristian Deore se enredaba entre las piernas de esa mujer.

Me estremecí porque estaba comprobando en mi piel todas aquellas hipótesis, yo, era una Lupe pecadora disfrazado de payaso.

Me levanté, en mi traje arrugado quedaban las huellas de una pasión, la de los dos para mi desgracia. Le insinué que se marchara a acariciar su nueva conciencia. La vi alejarse por el camino empedrado de la acera, cavilando, tambaleándose.

No supe de ella hasta tres días después, llegó a mi casa en un mar de lágrimas pidiendo que le devolviera el escapulario. Me puse furioso y agarrándola de un brazo la jalé al interior y le mostré cada libro que había en mi Biblioteca, le grité:

- ¡Insulsa, crees que todos estos libros te pueden decir cómo recuperar tu escapulario. Ahí está el escapulario, encuéntralo, búscalo en cada página y cada libro que me constituye y que ahora es lo que tú también eres, lo que tú amas y deseas; encuéntralo, y si no encuentras tu escapulario entre estas páginas estás perdida y serás una verdadera pecadora. Date cuenta querida Lupe, que has estado mintiendo constantemente, has mentido a tu dios y a tus padres y a tí misma. El precio de esto es la fealdad y la desaparición, es la destrucción de uno mismo: quien peca no sabiendo la verdad de Dios, entonces peca más que el matar y el precio de eso es la muerte. Mas si consigues la grandeza y el verdadero sentido del escapulario, entonces serás como... esa pintura, ¿la ves? La belleza esta implícita en el sentido de honradez, si no te sientes bella estás perdida. Mira, mira la mujer de esta revista, es hermosa, te pregunto ¿es bella? Sí lo es, porque es sincera ¿Si no es bella entonces está mintiendo? ¿Tú querida Lupe, que eres mentirosa y fea o por el contrario hermosa, como esta pintura y esta revista? Y yo qué soy, ¿mentiroso? Si lo soy entonces soy

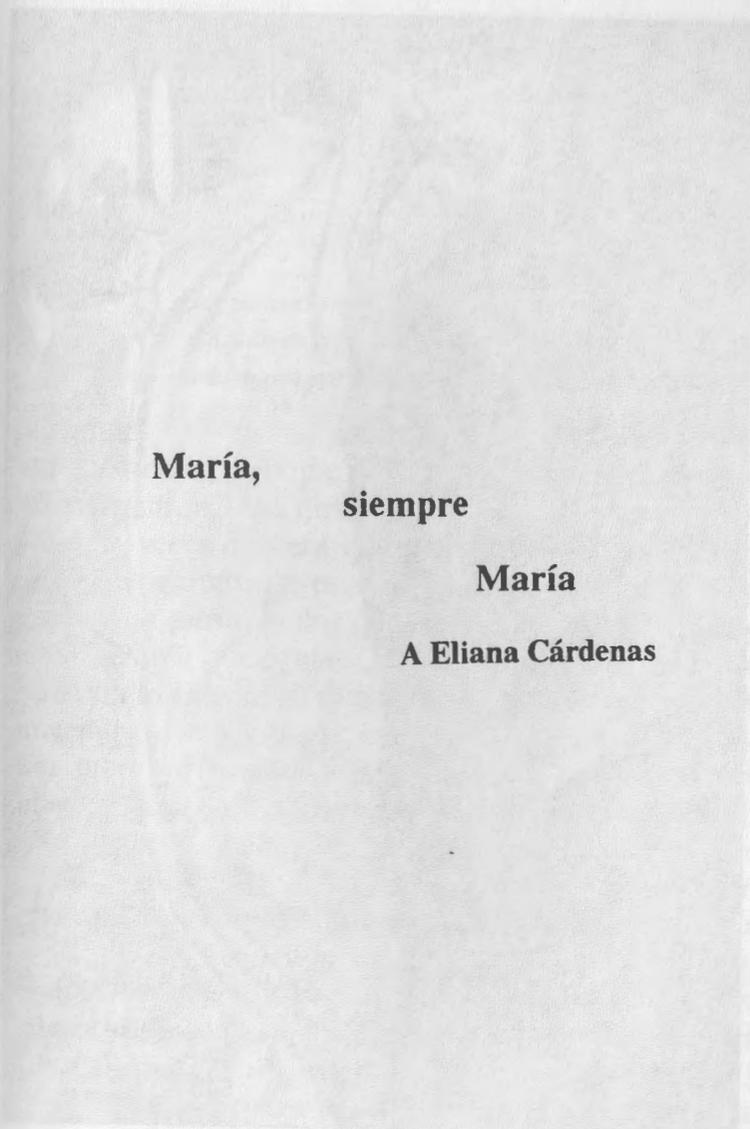
horrible, si no entonces te estoy diciendo la verdad; el escapulario está donde te he dicho.

Después de esas palabras salió corriendo en un mar de llanto y gritos, estaba perdiendo la fe, se estaba deshilando como su faja, se estaba desvirginando en un nuevo orden de cosas.

En la noche de ese día sonó mi teléfono y era ella, hablaba lento, muy lento y me decía que no entendía nada. Le contesté que yo no podía hacer nada por ella, ya que ella no hacía tampoco nada. Las cosas no son como uno piensa querida, tú decides tu destino, tú sabes quién es digno de vivir.

Estoy aquí, ante este escritorio redactando mis hipótesis, inmerso en un orden de cosas que yo no determino, solamente las observo y las describo. Guadalupe nunca más encontró el escapulario, el crucifijo fue su propio crucifijo, yo solamente le puse los clavos, nada más. Supe después de algunos días que se había arrancado la vida. Su cuerpo fue hallado en la parte trasera de una catedral de la ciudad, entre sus piernas había una revista de moda y calzaba un zapato de plástico y otro de charol. Fue encontrada sin pintura, sin ropa, desnuda ante una imagen del cristo colgada en la pared. El Cristo la miraba sentenciándola a la eternidad ¡Salud por nosotros! por cada uno de nosotros que martillamos estos clavos, por cada uno que somos la madera donde se crucifica el amor, el odio, la fealdad y todas las Lupes del mundo. Donde me crucifican cada que clavo en Lupe un clavo.

Solo observo, perdido, amándola, amándola irremediabilmente y buscando el escapulario en estas hipótesis sin saber mañana si me clavaré a la cruz.



María,

siempre

María

A Eliana Cárdenas



*Dos rostros parecidos, de los cuales
ninguno en particular hace reír,
causa risa por su semejanza.*

Pascal

Ahí vienen, creo que sí, oigo ruidos por la cocina, seguro que ya llegaron. ¡Ay!, otra vez el retorsijón, este maldito estómago. A veces quisiera que desaparecieran. Dónde estará María que no me quita estas cobijas de la nariz; el polvo de las plantas me pican y ellos que no vienen. Sí, creo que ya se acercan, ¡uy!, huele mal... creo... si pudiera por lo menos gritarle a María, luego se enojan; y tanto que le pagan a esa puta para que seguro se vaya con el novio. ¡Ay!, ¡Ay! mi estómago, por más que le soplo a estas sábanas se me queda toda la pelusa en la nariz. Híjole, huele raro, huele como a.... ¡María, María!, qué maldita humillación. ¡Uf, qué calor! Dónde estará la muy puta. Creo que son ellos, se van a enojar conmigo. A veces quisiera desaparecer y que ya no me estuvieran jodiendo, si pudiera por lo menos gritar, pero esta garganta. Creo que se van acercando, ojalá y no llegaran nunca. ¿A dónde habrán ido?, supongo que fueron a donde la tía. Ella tan bien conservada que... María ¿dónde estará la? ¡Ah, qué dolor! Huele muy, pero muy mal, creo que ocurrió una desgra-

cia. Ahí viene María, ya la puedo entrever, ojalá se le ocurra destaparme porque estoy sudando, pero es tan estúpida que no se fija en nada. Ya está aquí. Sabía que se iba a poner a gritar: ¡Ay, don Julio, usted siempre igual! por su culpa me van a regañar, viejo cochino. Claro, como ella puede ir donde quiera. Ahora sí es el coche, seguro que son ellos, me van a matar, me van a matar. Sí. Es el coche, ya abrieron la puerta y dialogan algo con María. Son las pisadas de... Es él. Ay, no por Dios, ¿por qué tiene él que acercarse siempre primero. Ya está más cerca. Está bajando las escaleras. Le da vueltas a la perilla. Ya abrió la puerta. Se acerca:

- ¡Ay, papá, no es posible contigo!; otra vez te volviste a cagar, ya tienes hartos a María. Ahora te quedas así.

El angel de la moneda

A Liz y Carlos



*En las pocas horas en que mi boca
estuvo gobernada por el otro.*

Juan José Arreola

La botella de tequila semivacía trastabillaba sobre la tarima del buró, esclava de la cama, que se movía al ritmo de los ronquidos graves del gran cuerpo de Ezequiel.

Ezequiel despertó ese día como siempre: crudo y con su cara de Ezequiel, con su cuerpo de Ezequiel, con sus brazos de Ezequiel, con sus piernas de Ezequiel, con sus alas de pollo de Ezequiel y sus fantasías del ser Ezequiel. Ya habían pasado muchas horas desde que se le había revelado el don divino de la salvación, de ese domingo de crema, queso, chalupas, flautas y tequila.

Ezequiel era un hombre de 30 años con cuerpo de 40 y esperanzas de 60. Su madre desde pequeño lo sentenciaba de feo por su gordura, que a los 15 años era ya de 75 kilos, a los 20 de 80 y a los 30 de 90. Trabajaba para comer más que para vivir; el poco dinero de sus ingresos los derrochaba en las chalupas de doña Juana.

- Ezequiel, si no fuera por ti ya mi familia se hubiera muerto de hambre. Le decía doña Juana.

- No chingue doña Juana, pu's, no ve que estoy creciendo.

Respondía Ezequiel angustiado.

- Sí, pinche comelón de Rodas. Le sentenciaban los niños.

- ¿Cómo que de Rodas?

- Sí, rodas de tanto tragar. Y las risotadas no se hacían esperar.

A Ezequiel tanta burla lo había llevado progresivamente de las chalupas a los panes, de los panes a los pasteles envinados y de los pasteles envinados al tequila.

Sabía que era el hombre más gordo y feo del mundo. Se miraba en los espejos y su imagen le devolvía la realidad de su media panza fuera de la camiseta medio blanca y descosida, de su pantalón negro a media nalga y de su cara a medio afeitar, donde el tiempo no había podido borrar las huellas de una adolescencia acompañada de acné. Sabía que por eso las mujeres no lo querían.

- Viejas mamonas -pensaba-. Me cae que son re'ojetas conmigo, pero me voy a poner a leer un chingo pa'apantallarlas y hacer ejercicio y a lavarme la cara y los dientes, me cae que van a saber quién soy.

Ezequiel sabía bien sus limitaciones, lo que no sabía bien a bien eran las limitaciones de las mujeres. Tal enredo hizo que se entregara a su tercer vicio, la adicción de: "Mujeres, caso de la vida real", "Lágrimas y risas", "Susi", y de vez en vez sus desviaciones lo llevaban a comprar el "Kalimán" o el "Fantomas".

Esta era la perspectiva que le deparaba la vida a Ezequiel hasta aquel domingo, en que sin saber cómo, la existencia se tornó... como... un cuento de lágrimas y risas con tal toque que pudo ser una edición de "Kalimán"... el hombre increíble.

El tilín-talac de la botella sobre el buró interrumpió drásticamente el sueño de Ezequiel. Al principio no supo de donde provenía el ruido, pues los vapores tequileros todavía surtían efecto sobre sus sesos, más un momento después se percató que él mismo era el motor de dicho movimiento.

- Chale, qué pinche susto. Pensó.

Se dirigió parsimonioso y en zig zag hacia el baño que se encontraba fuera de la habitación. Esta era como cualquier cuarto de azotea de cualquier parte de alguna avenida de Tlalpan.

- Meando-meando. Pensó.

Una vez cumplidas sus necesidades, regresó a su habitación a eso de las 18:30. Al contacto de sus pies regordetes con el piso de cemento disimulado con tintes naranjas y manchas de cochambre, brincó de puntitas hasta la cama. Sentado sobre la cama tomó el poco líquido que todavía quedaba en la botella y se lo bebió de un trago.

- Ah, pinche hambre, me voy a echar unas pelliscaditas donde la Güera.

Salió en pos de las pelliscaditas que no le fue difícil hallarlas doblando la esquina de la calle.

- Qué onda esa mi güereja patas de coneja. Saludó Ezequiel.

- Qué ondiux ese Ezequielín ¿Ya te enteraste del hombre Angel?

- ¿Cuál hombre Angel, güereja?

- ¡Oh! pinche Ezequiel, aparte de gordo indiorante, pu's qué no compras el Alarma ¿o qué?; toma pa' que te lo leas.

La fotografía de la portada del diario reflejaba un pedazo de ala, de un como pájaro enorme. La nota decía: -"Hombre, animal, ovni o ángel. El ejército le disparó a una cosa no identificada que volaba sobre Tepito el pasado sábado, lo

único que quedó de esto fue un pedazo de ala que se muestra aquí para nuestros queridos lectores".

- Ta'cañón güereja, me cae que está cañón.

- Te dije... Bueno, bueno cuántas van a ser.

- Écheme seis pelliscaditas y dos flautas con harta crema y queso.

Ya de regreso a su casa pasó a comprar un cuartito de tequila para pasar bien las pelliscaditas.

La habitación se mantenía semialumbrada por un pequeño y único foco de 20w que pendía del techo descalabrado, la luz de éste se reflejaba tenue en las paredes de texturas amalgamadas de muchas capas de pintura por las cuales habían sido sometidas. En esa penumbra urbana, Ezequiel devoraba sentado sobre la escandalosa cama sus pelliscaditas retacadas de crema.

Un ruido de trompetas que provenía del ropero arrinconado, herencia de la abuela que nunca conoció, rompía el ritmo de las mandíbulas de Ezequiel al masticar.

- Cosa extraña, las ratas no tocan trompetas. Pensaba.

Se paró parsimonioso y se dirigió a averiguar el origen de dicha melodía. Al abrir la puerta del ropero sólo pudo expresar.

- ¡Santa Petra la Callosa!, imi madre!

No era su madre, pero sí una resplandeciente luz que salía del ropero destartado de la abuela desconocida.

Ezequiel pasmado frente a esa luz, con la boca llena de crema y cebolla y entre los dientes rezagos de tortilla, dijo:

- ¡Qué!... ¿qué es?

Una voz desconocida le contestó:

- ¡Hijo... eres un ángel del amor!

- A chingaos, cómo que un ángel del amor.

- Sí hijo, eres la manifestación divina y celeste de amor carnal.

- ¿Te cae?

- Sí, eres el salvador de los mortales enamorados y desamorados. Tú, gran hijo del cielo, tienes que llevar a los humanos por el sendero luminoso del amor.

- Pss qué onda maestro. Corrió a donde había dejado la botella y se echó un trago doble.

- Tienes la misión de reunificar las familias y salvar de pecados a los hombres.

En eso, tras la pequeña curvatura de la lonja derecha, a unos cuantos centímetros de la columna vertebral, empezó a sentir comezón que se fue transformando en dolor. Al principio sólo alcanzó a rascarse, pero segundos después el dolor lo doblaba sobre las lonjas delanteras. Se revolcó por el suelo descascarado y polvoriento frotándose la espalda que no alcanzaban sus manos. Los alaridos de Ezequiel eran de un espanto ensordecedor. Los vecinos, al oír tan aterradores gritos tocaron a la puerta. Habrían pasado 3 ó 4 minutos antes de que se decidieran a forzar la puerta. Sorpresa de éstos al ver a Ezequiel batido en el suelo entre crema, queso y salsa verde de las pelliscaditas.

- ¡Pinche borracho hijo de puta, parece que te estuvieran violando por una oreja! Alcanzó a decir la del nueve; todos salieron de la habitación.

Al día siguiente, Ezequiel despertaba con un dulce y amargo dolor en la espalda. De ésta se desprendían dos como pequeñas alas de pollo con plumas amarillentas, enquistadas y con autodeterminación. Ezequiel no podía controlarlas, movía el pie derecho y se le movía el ala izquierda, movía el ojo

izquierdo y se le movía el ala derecha, se quedaba quieto y se le movían las dos al mismo tiempo.

- Pinche incomodidad, pensó.

- Hijo, cumple tu misión sagrada, besa a los hombres de buena voluntad, esa es la voluntad divina.

De pronto, su cara morena se iluminó y se dijo en voz baja.

- Soy un ángel de deveritas. Y gritó: ¡Soy un ángel! Los movimientos bruscos hacían que las pequeñas alas se salieran de control y empezaran a aletear a un ritmo muy veloz.

- A los dos días salió a la calle preparado a cumplir su sagrada misión. Llevaba sobre sus alas una gabardina blanca de los 40. Ezequiel el nuevo ángel era una figura jorobada con una panza inescandible.

Ese día a las dos de la tarde se fue al Zócalo a predicar la palabra divina. Con un ritmo angelical se subió al metro en la estación Xola. El metro venía atascado de gente, sin embargo no le importó el calor ni el olor ni nada. Feliz subió al vagón y quedó frente a frente de un hombre.

- Soy un ángel. Le dijo al hombre.

- Vengo a salvarte a ti y a tus hijos.

- Buena hora de chingar ¿no?

- No... no, es que usted, no entiende, soy un ángel salvador. Un beso mío le puede cambiar el destino. El hombre un poco fastidiado retiró el rostro de la mirada celestial de Ezequiel.

- ¡Ay!, a este ángel hijo de puta le ruge la boca a chalupas y cebolla. Y, sin decir más se bajó del vagón.

- ¡Ay! cuidado con mi ala que me la apachurra. Le dijo Ezequiel.

Una vez en el Zócalo alzó la mirada orgulloso hacia la Bandera Nacional y se dijo:

- Salvaré a los hombres... salvaré a los hombres.

Se dirigió airado hacia Palacio Nacional.

- ¡Soy un ángel! Gritaba a los transeúntes que sólo le alcanzaban a echar una que otra mirada de burla o sorpresa. Desesperado por la incredulidad e ignorancia de la gente, Ezequiel corrió hacia el asta bandera y en un movimiento de su gran cuerpo trató de trepar, sus intentos heroicos sólo le llevaron a separar algunos milímetros del suelo sus zapatos pelados. Caminó en la inconciencia de su ser, mientras gritaba su prédica. A su paso los edificios se le movían todititos. Cayó en un desencanto tal; en cualquier andén se quedó perdido.

Ezequiel no recordaba nada. Despertó en los separos con los ojos morados y semidesnudo. Todo le daba vueltas a su alrededor. La angustia empezó a hacer presa de él.

- ¿Dónde chingados estoy? Me cae que la peda ha de haber estado gruesa. Unas horas después un policía venía por él para decirle:

- Acompañeme señor. Lo dejaron salir advirtiéndole que si seguía tratando de besar a las damas lo iban a guardar un ratote.

Pasaron unas cuantas semanas después del incidente. Las alas casi ni le molestaban, solamente cuando dormía boca arriba. Ezequiel seguía su vida normal, hasta que un sábado, meditabundo, y mientras tomaba un trago en su habitación, la luz le volvió a hablar.

- Ezequiel, no te desanimes, eres el elegido. Sentenció la voz.

- ¡No, me cae que no, me cae que no! Y en un acto de fe se hincó ante aquella luz parlanchina.

- ¡Ave María, Dios te guarde María...!

-Si hijo, eres tú.

Ezequiel extasiado repetía los rezos ante la luz que no cesaba de emanar.

- Ezequiel, recuerda tu misión. Ahora mismo tendrías que estar salvando almas enamoradas y desenamoradas. Los hombres te necesitan. Recuerda que tú eres el elegido. Hay gente de buena voluntad que requiere de tu amor.

Ezequiel sintió todo el recargo de la culpa y ahí mismo tomó su gabardina blanca y corrió a las calles oscuras de la ciudad.

Eran las cero horas aproximadamente. Se le ocurrió ir a las vecindades de Moneda donde todos los fines de semana había fiesta.

Recorrió las calles sin mucha prisa. De una de tantas azoteas se escuchaba música. Se adentró por las oscuras vecindades hasta donde provenía la melodía. La gente ebria bailaba al son de la música de Juan Gabriel. La letra de éste le ponían las alas de gallina.

- "Yo no nací para amar, nadie nació para mí, tan solo fui un loco soñador nomás".

- ¡Esas frases son mentira! se repetía y en un estallido de inspiración se hincó en medio de los bailarines y empezó a gritar.

- ¡Escuchad señores, vengo a salvarlos!

Nadie podía escuchar las plegarias de Ezequiel, la música era demasiado alta y los bailarines estaban ocupados en no perder el ritmo; uno que otro alcanzaba a empujarlo para sacarlo de la pista. Hincado, se fue involuntariamente deslizando entre las minifaldas y los blue jeans de los bailarines.

- ¡Orale carnal, qué haces allá abajo; cabrón, párate! Le

dijo un bailarín mientras se asfixiaba entre plegarias y minifaldas.

Las luces de colores se reflejaban en los ojos con lágrimas de Ezequiel. Su rostro parecía una imagen del cristo negro pero en gordo y en éxtasis. Había entrado en trance.

- ¡Soy un ángel y vengo a salvarlos!

Finalmente, después de muchos intentos y de pisar a uno que otro bailarín pudo salir de la muy concurrida pista. Quedó arrinconado junto a una bocina. En una inspiración divina, empezó a golpear con sus zapatotes el aparato.

- ¡Paren a ese loco! Gritó el dueño del aparato. La música cesó y detuvieron a Ezequiel.

- Qué te traís con la pinche bocina, gordo de mierda.

Ezequiel, batido en sudor y lágrimas lo miró profundamente a los ojos y le dijo:

- ¡Te amo! Y en un movimiento rápido besó sus labios.

- ¡Ay, gordo borracho, maricón, ¿cómo que me amas? ¡degenerado de mierda! En eso, Ezequiel estiró los brazos avalanzándose sobre el grupo, tirando golpes y gritando.

- ¡Oídme mortales, escuchadme, les vengo a revelar el amor divino!

Corrió hacia los tinacos mohosos donde se trepó con dificultad, cuando estuvo arriba predicó:

- ¡Oídme bien, vengo a salvarles la vida para el cielo; soy el amor divino, vengo a darles el beso salvador!

En eso, se quitó la gabardina sucia y tras su camiseta remendada y sus pantalones a media nalga, apareció su enorme estómago y sus pequeñas alas que se movían excitadas de un lado a otro bajo la camisa.

La gente que lo observaba atónita sólo alcanzaba a exclamar.

- ¡Putá, el güey se pasa de verga! ¿no?

- ¡Tsss, anda pacheco!

Se encontraba en tal trance que empezó a convocar a la luz divina.

- Madre, demostradles quién soy, demostradles que los vengo a salvar a todos.

En eso, de las estrellas surgió luz que brindaba su calor a Ezequiel y una voz le decía.

- Ellos lo saben íámalos!

Con tal inspiración se quitó la camiseta y los pantalones y los aventó al público. Tengan, tóquenlos que son divinos.

Las alas se le revoloteaban cada vez más rápido en su espalda hasta que no pudo controlar la gravedad de su cuerpo y sus pies se separaron de los húmedos tinacos perdiendo todo control y rebotando con todos sus 90 kilos contra el suelo. Rodó dejando un camino de plumas hasta la frágil bardita que impedía que la gente se precipitase al vacío, más esta no sirvió de nada y Ezequiel siguió derecho por el precipicio. Su caída fue detenida por los cables de luz. Al contacto con estos, una luz y chispas se desprendieron del cuerpo de Ezequiel, brincó su cuerpo sobre los cables, se contorsionó dos o tres veces hasta caer carbonizados al suelo.

Lo último que pudo Ezequiel escuchar fue una dulce melodía que decía: ámame, ámame, ámame, en un hotel.

Al día siguiente apareció en el Alarma un encabezado.

"Se piensa que el suicidio de un hombre en las calles de Moneda tiene relación con una cosa extraña emplumado que fue derribada por el ejército hace unas semanas. El hombre tenía dos grandes tumores en la espalda que parece se los disfrazaba con plumas. El susodicho sufría los últimos grados

de alcoholismo, lo cual devela su condición de exhibicionista. Dicen los testigos que antes de morir besó el pavimento e invocó a su madre que parece se llamaba Luz.

De él sólo quedaron sus zapatos colgados de los alambres eléctricos de las calles de Moneda".

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

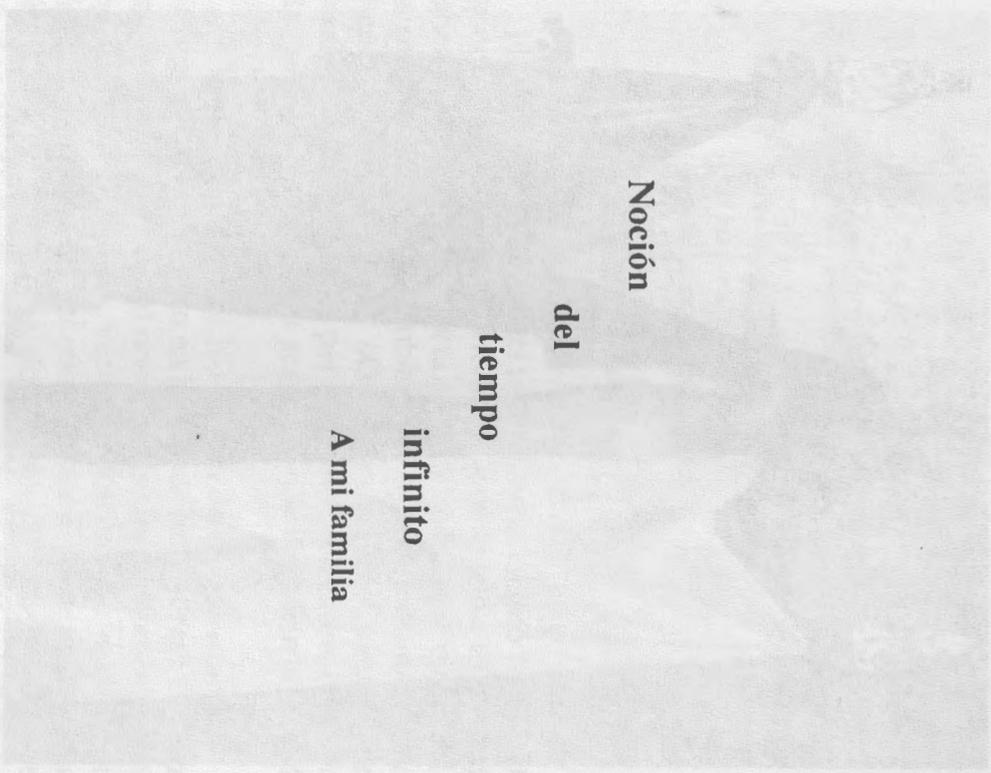
... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se

... y cuando se ve a los niños de la familia, se
... y cuando se ve a los niños de la familia, se



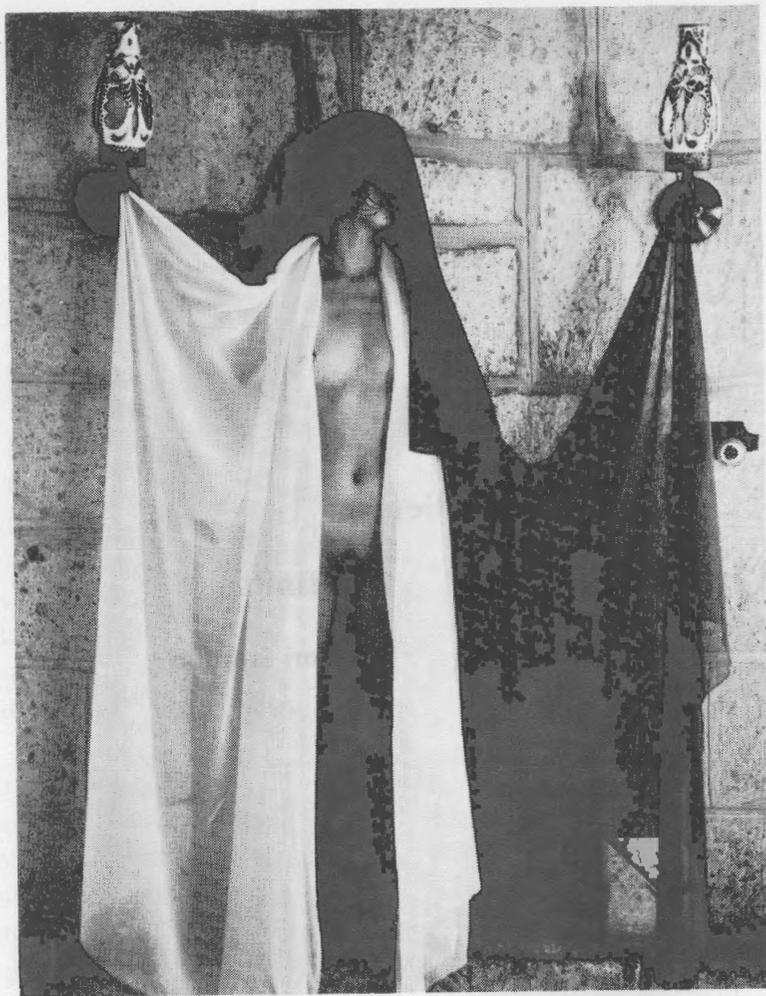
Noción

del

tiempo

infinito

A mi familia



*Tal vez lo que allí ataca al hombre
es el horror al espacio puro,
la nada en su cóncava mudez.*

J. J. Arreola

He perdido la noción del tiempo, no sé cuánto ha pasado desde que me acosté pero todo me parece lejos. El dolor de cabeza me mata, no importa. Algo sucede, no sé qué es. Mis piernas no responden, tiemblan en un autodeterminio escalofriante. Todo está lejos. ¿Qué hora será? ¿Cuánto habrá pasado desde este último pensamiento? Una hora, dos. No. Han pasado diminúsculos segundos que eternizan la pérdida de mi tiempo.

Creo que estoy en la habitación de mi departamento o ¿será el que era mi cuarto en la casa de mis padres? Es como un túnel de prismáticos al revés, de una lejanía intocable, una lejanía que me absorbe vertiginosamente, sin movimiento alguno, sin destino. Sólo es entrar en esa visión de cristal, en un túnel donde se contienen todos los objetos. Mas, qué importa dónde esté, sólo tengo que irme y ya, no sé dónde, pero, ya me voy. Mis pantalones, mi camisa, los tengo puestos, ¿desde

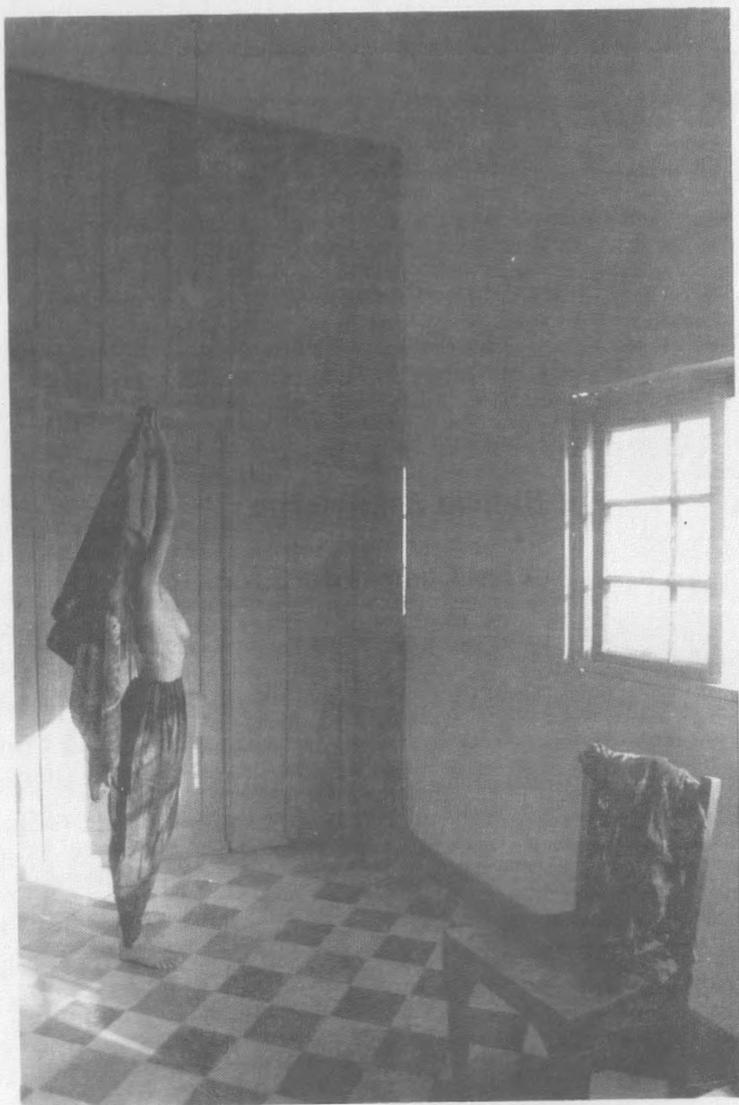
cuándo? La calle ¿Camino? No se cómo lo hago. Sé que lo hago porque siento golpear el sonido de mis pasos en la cabeza. La calle es gris y el sol brilla mucho. Qué rara se ve la gente: todos tienen la palidez de los muertos. Siento un sabor en las fibras del paladar. Voy a vomitar. Estoy vomitando. ¿Qué hago recargado en la pared. Qué débil. Caminaré así hasta llegar a no sé dónde. Qué cansancio, Dios, ¿por qué no se paran mis piernas? ¿Qué calle es ésta? No importa. No sé a dónde voy. Sigo vomitando, no me había dado cuenta. Parece que se me olvidó. Todo pasa demasiado rápido, discontinuo: mis pasos, mis pensamientos, la gente; el tiempo, el túnel, prismático de mis ojos. Creo que llegué. No sé a dónde; mi familia me espera, ¿Qué esperan? A qué vinieron? ¿Estoy llegando? Ahí está mi mamá, por qué llora tanto, por qué la abraza mi papá. Mi hermano también llora. Mis abuelas, ya me vieron: ahí está mi abuela con su eterna andadera. No quieren saludarme. Qué raro edificio. ¿Qué hacen todos aquí? Mamá, mamá, ¿por qué me abrazas así?; no te siento, ¿papá, por qué te la llevas? ¡Contéstame! ¿Qué pasa, por qué me miran así? ¿Qué tienen? Están pálidos, hieden a carne, a vómito. ¿Quiénes son estos hombres de blanco que quieren agarrarme?: ¡Mamá que me suelten, que me suelten! Qué raro edificio ¿A dónde me llevan? Todo se mueve, nos siguen mi familia; mis pies ya no tocan el suelo, cruzamos la puerta de entrada. Ahí enfrente un pizarrón: velatorio #1 Concepción viuda de Aguirre. Velatorio #2 Ana Toledo. Velatorio #3. ¡Suéltenme! A dónde me llevan ¿Por qué subimos por escaleras tan oscuras? ¿por qué me meten aquí? ¿por qué todo se hace de noche...?

Todo va quedando en penumbra.

¿Cuánto tiempo habrá pasado? Todo una repetidora de segundos que engendran a los minutos en las horas. Ya no

puedo moverme. Han cerrado la tapa de cristal, la gente reza, de muy lejos llegan sus rumores ¿Me rezan? Alguien se acerca. Mi madre detrás de la tapa transparente. No cierres la caja mamá, por favor, no la cierres.

No importa donde esté, todo ha quedado oscuro, muy oscuro.



*Ahora estoy maldito;
la patria me horroriza.
Lo mejor es un sueño,
completamente borracho,
sobre la arena.*

Rimbaud

Un cigarro encendido. No importa. Ella no está. ¿Escribir? Qué quiero de estos renglones ¿Importa? No. Ha de estar dormida. Dos de la mañana. Qué importan estos renglones si ella nunca estuvo. Todo se repite sobre una misma necesidad: ser reconocido en la idea de lo que eres; cómo te piensas. No importa. El fin es mirarse a través de los otros, que te devuelvan una imagen que en ti no es certera hasta que los otros la enuncian. Una estupidez, una extraordinaria estupidez es darle el poder a la gente de que te juzgue. Ella lo hizo tan terriblemente silencioso. Ahora soy yo este silencio. Cómo se deslizan sus pupilas mudas sobre mi silueta mentirosa: mi fantasía de ser en ella. No importa, no importa. Su ausencia me rompe ¿dónde estará? en ningún lado porque nunca ha existido más que en mí.

No es posible, cómo vino a enredarse uno de sus cabellos rubios en este lápiz. Es un hilo fino, como ella. Dónde

vivirá. Su mirada siempre fue una interrogación azul, me absorbió para revolcarme sobre su piel que zurcí con pasados.

Hace tres meses llegó de Holanda. Es gracioso cuando la vi por primera vez dormida en mi cama sin conocerla. Susto que se llevó. Se despertó y yo ahí, observando su silueta dibujada en mi cobija. Cuando dio el salto para incorporarse, entonces caí en cuenta de mi tragedia, supe desde ese momento que ella era mi pasado, un pasado que quise recuperar a través de su piel: sabía, siempre supe que llegaría. Pero no es el pasado en cualquier momento: soy yo en Holanda, porque Holanda fue una mujer que nunca me quiso, una mujer babeando su lujuria sobre mi piel que se desteñía en sus canales, sobre mis cabellos que se iban expandiendo por sus aires, por sus avenidas, los devoraba ansiosamente sin dar nada, nada. Holanda llega hoy y se perfila en mis sábanas en una interrogación azul, pecosa, alta y fina; me estira sus brazos y me llena de sus molinos de viento en los poros de mi frío, me acaricia con sus aguas que diciembre congela bajo el mar. Ahí estoy en sus pechos que emanan mi historia. Me veo en sus labios bajando de un avión que me traía de India para depositarme en los holanes de su falda.

Llegué a Holanda para cambiar mi pasaporte y entrar a Inglaterra sin que me agarrara la migra. Si, lo cambié, al fin lo cambié con aquella fecha fatídica que decía: "este pasaporte reemplaza al anterior expedido en la embajada de México en Londres". Gracias a eso nunca volví a Inglaterra.... Pero no, sigo haciendo cola en la aduana del aeropuerto en Holanda. Me acerco a la aduana, quiero ser el último porque se me despierta en el aliento la aduanofobia. Ya llegué, Dios, qué va a pasar:

- Su pasaporte por favor. Lo saco con las manos temblando, está en mi "mony bell" el que llevo en la cintura siempre que viajo. Se caen todos los papeles; qué dolor, me duelen las nalgas de tanto tiempo estar sentado, me sudan las manos y los pies.

- Aquí lo tiene.

Se me ha caído el boleto del avión y montón de papeles más, ya se dio cuenta el hombre de mi nerviosismo. Me agacho a recogerlo, observo por primera vez que traigo las sandalias hindús, caigo en cuenta entonces, que todo mi vestuario es hindú, que yo soy un mexicano hindú.

- Su boleto a México por favor.

Que débil estoy. Me gustaría decirle que mi boleto a México es la utopía más grande que tengo en ese momento. Qué gran distancia entre ese hombre y yo. Hace mucho que no veía una corbata como la que trae puesta y ese traje, se parece definitivamente a Clark Kent. Qué mirada tan aguda y suspicaz como si quisiera descubrir algo; estos cabrones siempre descubren algo. Tengo mucho miedo. Me toco la cabeza; qué largo traigo el cabello y la barba, hasta el color de un hindú está en mí, y ese atrás del mostrador se cae de blanco: un blanco que no quiere dejar entrar a un negro mexicano y hippy:

- No tengo boleto de regreso.

Como será Holanda, quién vivirá ahí ¿habrá gente o será como en Londres que los de ahí se convirtieron en un valor de cambio... hará frío... calor... reina... Edad Media... pasado glorioso.... ideas, muchas ideas y flores:

- No puede pasar a Holanda si no tiene el boleto a su país; o compra un boleto a México o lo regresamos a India.

India de regreso. Sé que me voy a morir, sé que sin dinero nadie sobrevive ahí más que los hindúes, seguro que me

voy a morir. India es para los hindúes y para los que tienen dinero, si eres extranjero sin dinero no eres nadie; y como a nadie te dejan morir en la calle aunque grites con la flacura del hambre.

- No tengo dinero para comprar un boleto a México y no puedo regresar a India porque si no me muero.

Qué frialdad la de este Clark Kent, la tiene atravesada entre el corazón y la mirada:

- Pásele por este pasillo.

Cuánto artificio en este pasillo, cuánta luz artificial. Hace frío, mis huaraches producen un eco en estos mármoles. Qué contraste de piel y piedra:

- Señor, tiene que comprar su boleto a México o se va a India. El precio del boleto a México es de quinientas libras.

Estos cabrones juegan con la miseria de los otros. - No tengo el dinero pero lo puedo conseguir si hablo a México con mi familia.

Ojalá me crean, aunque no recuerdo bien si tengo familia en México. Es más, no sé si en verdad existe México y si existe, si soy de ahí:

- Espere.

Una hora, dos ¿Quién es Holanda? Tres, cuatro, México. Me muero. India...

- Hemos averiguado y su familia tiene los recursos para pagar el boleto. Le damos un mes de licencia para comprarlo, esto por supuesto es un caso especial.

Finalmente el Clark Kent descubrió tras mi ropa algo de humano, supongo. No sé por qué habrá hecho esto, pero me salvó de cierta forma la vida; creo que viviré para desteñirme sobre los holanes de esa gran falda que no conozco.

Un cigarro encendido sobre estas líneas. Dónde estará ella. Miro sus movimientos de viento, se filtran por los sótanos mohosos en las casas de Amsterdam; es ella que en llovizna cae sobre mi pasado cuando camino entre el rocío del muelle de Hoofdstraat filtrándose por mis ropas acaricia en insinuaciones de otoños mi piel cubierta por seda hindú. Mis pies tienen frío, tienen el frío de la madrugada; el frío de no tener dónde dormir.

Me veo allá en la punta ceniza de este cigarro. Me veo aquí donde ella no está. Me veo en sus labios que van hilvanándose hasta depositarme en la primera visión de Amsterdam.

Seis de la tarde ¿o siete? Son finales de verano. Empieza el frío. Tengo que buscar dónde vivir. Voy subiendo las escaleras eléctricas de la estación central de Amsterdam donde llegamos todos del aeropuerto. ¿Será bonito Amsterdam? No sé. Es Europa y Europa puede ser tan bonito como cualquier otro lado. En un mes me voy a Londres. Aparece en las puertas de la estación central las primeras imágenes de Holanda. Salgo. Cuánta agua. Músicos andinos de un lado, los krishnas dan gratis de comer; ningún país me había recibido con música andina. Les dan dinero, unos cuantos florines. Cuánto canal. El día es gris. No sé a dónde ir. Tengo mucha hambre. No tengo dinero. Tengo gripa. No tengo casa.

El suelo de Amsterdam es rojo, si rojo. Me veo caminar por Dan Squer con mi equipaje y la cabeza agachada. Mis ojos miran cómo van pasando los diques bajo mis sandalias y se van quedando atrás. Una, dos, tres, infinita cuenta del tiempo. Sé que hay un parque cerca. Ahí quiero vivir hasta que haga algo de dinero. Bonder Park: ésta va a ser mi casa.

La gente. Qué rápido anda la gente sin mirar lo que

sucede. Paren. Quisiera decirles paren; vean que ahí hay más gente que ustedes, más que todos ustedes. Nadie para allá. Ni aquí. Nadie para. Escribo a cinco años. La gente no para, no paran en los hombros de ella cuando me brillan tan finos. Quise detenerlos a todos en su lúdico andar, quise detenerlos y que me vieran en la sonrisa de ella aquí, entre la soledad y el frío quise hacer el pasado sobre sus pechos. Pero ella no está y ellos nunca se detienen.

Ahora me veo recostado sobre un pasto húmedo. La noche es profunda y estrellada. Hace frío. Entre los árboles sólo existo junto al misterio de aquellos ruidos que rasgan mi miedo. Dios. Revivo mi sudor frío en aquella oscuridad. Alguien se acerca. Han de ser policías. Me trepo a un árbol para observar desde ahí quién pasa. Ahí pasan. Sí, son dos policías; por poco. Una hora, dos, tres horas. Voy a bajar.

Está amaneciendo. Me doy cuenta en la penumbra de que no estaba solo: de los demás árboles baja también gente. La oscuridad, que cada vez más está dejando de ser, trae consigo rumores de otras personas en igual situación que yo. Empezamos a caminar para hacer un círculo. Todavía la oscuridad es intensa y no podemos vernos los rostros. Sólo brillan un poco los ojos. Qué frío hace. Ahora estamos sentados unos aquí, otros allá y otro más allá. No nos vemos. La cercanía de otros cuerpos contradice el temor. Es un temor silencioso. Un temor con sabor a nuestros fantasmas particulares que la noche despierta como en una danza medieval. Ya el sol empieza a despuntar. Allá un hombre recargado en un árbol duerme. Qué fachas trae: casi tres abrigos, una barba larga y sólo un diente amarillo al frente. Otro allá le falta un ojo, más allá una chiquilla con apenas una blusa sobre sus pechos.

Qué frío me dan las palmas de tu mano: son de corteza húmeda de aquel parque al cual me trepo y no encuentro frutos. Qué hambre cuando te miro y me observo descubriendo rostros extraños, descubriendo a aquel amigo que hoy revives.

En ese movimiento de primeras luces reconocí a Fernando el brasileño, dormía envuelto en un abrigo de lana azul con botones de marinerito. Si, definitivamente era él, más viejo: facciones tropicales, el cabello castaño y largo. Su cara tan flaca, tan pálida con pequeñas muestras de acné. Despertó. Me observó y dijo en un castellano con doble acento, el acento de España y el tono cantado del portugués hablado por brasileños: - ostia tío yo te conozco ¿no?

- Si, de Camden Town, en Londres. ¿Recuerdas que yo tenía ahí un puesto de artesanías?

- Alá, es cierto, pero eras más joven.

- Ahora tengo veintiséis, fue hace dos años.

- Me cago en la leche de estos cabrones, nos agarran y nos retuercen hasta sacarnos arrugas.

- ¿Y tú qué haces aquí?

- Me deportaron de Suiza, y de Alemania me vine para acá. Estos son unos hijos de puta.

- ¿Y tú?

- Vengo de India, estuve ahí un año y ahora quiero regresar a Londres por mis cosas y tal vez a trabajar.

- En Londres está cabrón la entrada.

- Sí, pero voy a cambiar mi pasaporte.

- Pues haber si te lo quieren cambiar porque estos jilipollas son unos calvinistas que te tratan como bicho raro.

Desde que conocí a Fernando, que vivía con una inglesa en Londres me pareció algo extraño, creí que era un

poco misántropo. La verdad es que nunca hablé con él a excepción de hola y adiós.

Observé su rostro cadavérico y en él una mirada reflejaba una gran tristeza, le pregunté:

- Sigues vendiendo artesanías.

- No tío, no tengo ni dónde caerme muerto. Hace dos días que no como. ¿No tendrás un pitillo?

- No, tampoco he comido y no tengo dinero. Traje algunas artesanías para vender ¿Tú sabes dónde se puede vender?

- Sí, en la plaza de Dan. Vamos.

Me miró con el frío en los dedos y mis pulseras hindúes. Vendí cinco florines: las papas fritas cuestan dos cincuenta. Ese día comimos después de mucho tiempo.

Todas las noches llegábamos al parque y ya ahí estaban los demás. A veces uno sacaba un pan y lo repartía. Otro sacaba una ánfora de whisky e invitaba a todos. Detrás de aquel árbol la muchachita quejándose: todo mundo se la cogía. Todos le arrancaban su única blusa y le destrozaban sus pechos sucios. Sus ubres blancos como la leche ennegrecidos por la vida. Pobre, nunca regresó. Dice Fernando que el chimuelo la ahogó en los canales, por celos. El chimuelo tampoco nunca regresó, se quedó quietito esperando a la orilla del canal, a ver si salía su ahogada entre las burbujas del agua verde.

Qué suave su piel de invierno, cutis de Holanda. Es una cobija que cose el rostro de la niña ahogada, es aquella cobija que deslizó en el pasto húmedo de Bonder Park. Es el calor que ilumina lo que se va destiñendo de mí sobre ella.

Un día llegó al parque un noruego, a las dos de la tarde se iba y a las tres regresaba a contar su hazaña:

- Vendí un gramo de coca hace dos días. Me fui a tragar y a cogerme una puta. Me la cogí como nunca había cogido la muy puta. Fui a un hotel, me bañé, dormí como rey. Ya se me acabó el dinero.

Así era todo, unos llegaban otros se iban. Eran los extremos, tenías todo en un día: calor, sexo, hogar y después... no importa, sólo se terminaba para regresar al mismo sitio de siempre.

Había hecho un poco de dinero y me quedaba en un hostel. Fernando no resistía la vida, se quedaba viviendo en el parque para irse muriendo. A veces cuando tenía un dinero de más, le invitaba el cuarto y algo de comer. Creo que él ya no quería vivir.

Voy llegando a Amsterdam de La Haya, donde saqué mi pasaporte. Le digo a Fernando:

- Me voy a Inglaterra, regreso a mi casa.

Vi entristecerse el rostro de Fernando. Habíamos hecho buena amistad y sobre todo le había dado fuerza para que empezara a trabajar otra vez; era un excelente artesano.

Después de un mes, todos habían desaparecido del parque: unos a la cárcel, otros al manicomio, otros ahogados y otros quién sabe dónde. Sólo quedaba Fernando en el parque, solo. El invierno empezaba. Yo me tenía que ir, ya no podía hacer nada.

Nunca entré a Inglaterra. Nunca regresé a mi casa. Mis cosas todavía están allá, esperándome en algún *squater* de Oval o Elephant and Castel.

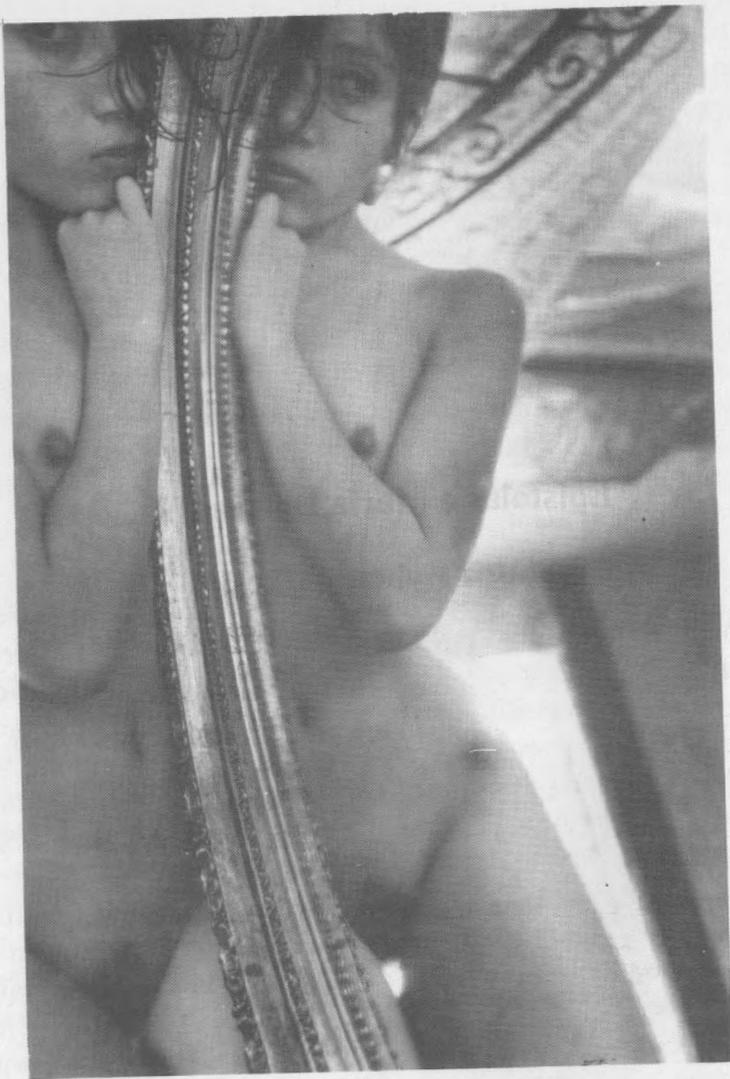
Ahora llega ella. En su esencia se desliza la imagen de Fernando, desfigurado de muerte. Su cuello limpio es blanco, sabe a las primeras nieves de invierno, aquellas que congelaron sobre Bonder Park a Fernando. Sé que Fernando, mi carnal, mi amigo el deprimido con acento a bossanova. Muere en su cuerpo con las tripas pegadas a las costillas, muere en ella porque es el engendro de todas las mujeres que nunca lo miraron, de todas las mujeres que nos miraron sin observarnos.

Me tiemblan las manos sobre sus pechos rozados. En el color azul de tanta nieve en los prados de flores, en los claros oscuros que cultivan sus ojos como ríos dibujados por Rembrand. Fernando se congela con la lengua de fuera. Lame y lame el invierno que le sella la vista. Saca la lengua recargado sobre un madero hecho de la corteza de la piel de ella. En aquel parque donde las estrellas se deslizan entre los fantasmas de tantos que no han salido de ahí, de tantos que no paran, que caminan y cultivan el parque para vernos morir. En ese parque, ella, Fernando, yo, la muchachita...

¿Dónde está? Tal vez dormida. No creo que se detenga a pensar en mí como no se detiene en mi historia ni se detendrá en mi futuro. Si tan sólo se detuviera a escuchar le diría: Fernando está triste en tus ojos. Miro a Fernando como se queda así nomás, como una balada de invierno, como un rezo en el oído de tu alma.

No sé cómo eres. Cuál es el valor de mi historia. Cómo reencarnas el pasado en las fibras de tus cabellos. Te amo tanto que te quiero olvidar. Donde estés no creas que te amo como a una mujer: te amo en la posibilidad de recuperar lo que he perdido para siempre. Te amo porque revives el frío vivo de Fernando: ese frío, húmedo, ardiente. ¡Desentiérralo de tan-

tas horas pasadas! ¡Ay!, niña Holanda, ¿dónde estarás? Qué importa donde estés. ¿Cómo poder ser alguien en lo ido? En lo que me dejó tu cuerpo de bruma? Holanda, me sigues rompiendo a tantos años. Me sigues sin desaparecer. Eres una mujer que nunca me quiere: balada de invierno que susurra tanta historia: ironía cíclica de amor y de muerte.



*Amar es dar a alguien el derecho
-cuando no el deber-
de hacernos sufrir.*

Georges Perros

"Londres 7 de noviembre de 1987

Mi muy amada María Dolores: me encuentro relativamente bien. Ya nada es igual desde que te fuiste. No quiero caer en los mismos reproches porque me descompongo. Sé que piensas: "siempre lo mismo con este hombre" ¡pues sí y qué...! Bueno... ya me tranquilizo: no te escribo para echarte en cara nada, ya pasó, ya. Mejor te cuento. Estoy viviendo desde hace ocho meses en Oval al sur de Londres. Es un *squater*, tú sabes, de esas casas y departamentos abandonadas que te encuentras como tirados en la calle. Trabajo en un restaurante. Lavo platos. Gano lo suficiente para comer. Fíjate que ayer en la tarde me encontré en el basurero una televisión. No es lo único que hay entre los desperdicios, también los sillones me los encontré allí. Ya te has de imaginar cómo están. Tú sabes, aquí te encuentras todo en la calle.

Me cuesta un trabajo infinito vivir en esta ciudad. Cuando tú estabas la vida era menos insoportable. Ahora no sé qué hacer sin ti. Tú eres todo. Dame otra oportunidad, yo sabré responder. Te lo juro: vamos a cumplir los sueños que planeamos juntos en México. Sí, claro, seguro piensas que si no lo hicimos en dos años, no lo vamos a hacer más. Te equivocas. Te amo, te amo entrañablemente y me muero sin ti. Pero no, no quiero. Otra vez... Espera y me tranquilizo. ¿Sabes? Ya pasó.

Aquí sobre el escritorio, éste que hicimos con las maderas del barandal, ¿recuerdas?, está tu fotografía. Qué bueno es verla, no sabes cómo me tranquiliza para seguir escribiendo. Perdón por los arrebatos y reproches; amigos otra vez ¿verdad? Sabes que no te olvido y que te amo, te amo, te amo.

Tuyo: Joaquín.

P.D. si llegas a ver a mis padres diles que me escriban."

Sobre las últimas líneas de la carta aparecieron unas pequeñas gotitas de agua salada que provenían de los ojos de María Dolores. Puso la carta sobre el escritorio destartalado, repleto por un lado de papeles inútiles, por el otro, una vela, pedazos de hamburguesa y vasos con cerveza a medio beber. Se levantó de la silla coja. Serían las siete de la tarde. Ya desde las tres se había hecho de noche. Tomó los fósforos y se sentó otra vez. Se puso a redactar una carta.

"México 8 de noviembre de 1987.

Mi muy estimado Joaquín. Tú sabes, y no te lo quiero repetir, que tu mamá murió hace cuatro años y tu papá hace seis meses. Sé que te es difícil aceptar esto, pero tienes que ser

fuerte y enfrentarlo. Sabes, aunque estoy lejos de ti siempre te voy a amar. Tú eres mi niño, mi hijito que cuido por toda la vida, ¿cómo te voy a dejar? si eres tatuaje de mi corazón. Respecto de volver, ya te dije que sí me voy mi amor, no te desesperes, espérame. No, por favor, no te pongas a llorar, no quiero que llores por mí, ni por ti, ni por nada. Cuando estemos juntos te voy a arrullar y a mimar mucho, no vas a pasar más ese horrendo frío que hace por las calles de Londres, más en estos meses.

¿Te compraste el abrigo que me habías dicho, ese de segunda mano, aquel del mercado, en Camden Town, recuerdas? No salgas en esta época sin taparte bien, pues es tiempo de nevadas y tú sabes qué enfermizo eres. Bueno, mi querido Joaquín, espérame. Sé que cuando esté allá vamos a viajar a todos esos hermosos lugares que algún día planeamos juntos.

Tuya: María Dolores".

Qué difícil era encontrar entre esas latas de cerveza un sobre que estuviera medianamente limpio. Por fin, María lo encontró y se dispuso a mandar la carta. Mientras la metía en el sobre una angustia fue haciéndose de ella y se decía a sí misma en voz alta:-Tengo que ser fuerte. Los árboles no caen tras el soplido de los huracanes. Soy el México que no abandona a sus naufragos, soy la Dolores de todos los Joaquines que se alejan. Tengo que ser fuerte-.

Con mano temblorosa escribió en el sobre: Sr. Joaquín Hernández. Oval Rd. #63, Londres, Inglaterra. Sus manos morenas, de uñas postizas, largas y rojas, de dedos fatigados, dedos... ¿andróginos? cerraban el sobre. Apretó en su pecho la carta. Babeó la goma del sobre donde quedaron rastros de su labial rosa. Tomó su gabardina plástica y se la colocó sobre el vestido escocés. Bajó en un instante las escaleras. El ruido

que producían sus tacones sobre el cemento, casi congelado, rebotaba por todos los rincones de aquel edificio, en un eco infinito, como si pintara cada **grafitti** de las paredes. Caminó más despacio al llegar a la banqueta. Con una mano sostenía su bolso y con la otra su peluca roja, pues el viento era tal, que caminar en su contra, era un acto de mucho esfuerzo.

Depositó la carta en el primer buzón que vio.

Al día siguiente pasó Joaquín a la Post Office a ver si tenía correspondencia. En el buzón que decía "María Dolores García" había una carta. No tenía remitente, era de - María Dolores. Sus manos se hicieron de ella, unas manos...¿andróginas?, temblorosas, reseca y con pequeñas llagas por el jabón. Salió con su tesoro a la calle de Piccadilly Circus. El viento golpeó su cara morena, sus escasos cabellos lacios y negros, sus ojos que mostraban una inocencia casi estúpida. La gente también lo golpeaba con una profunda indiferencia. Londres es como una costra que no le cicatriza, siempre en el vértigo de esa herida que nunca acaba de cerrar. Esa costra se le agrietaba cuando nadie veía su gabardina vieja, a cuadros, que para él era nueva. Anduvo así, como perdido entre los aparadores de tantas cosas hermosas, bellas e inútiles. No queriendo llegar a ningún lado para no saber lo que decía la carta. Caminaban sus tenis viejos hacia cualquier parte; pensaba y se decía: - María Dolores, si tú pudieras ser conmigo la partícula de un sueño que pudiéramos los dos soñar y aunque despertáramos seguirlo soñando.

Cuánta lluvia mojaba su vieja-nueva gabardina. La llovizna resbalaba por cada cuadrito descosido de ésta hasta sus pantalones. En Londres, aunque no haya nubes, todo el tiempo llueve; aunque no haya agua, siempre siempre llueve.

- María Dolores, si quisieras acariciar esta parte vacía que

has hecho de tantas noches de insomnio. Que inventas desde tu ausencia para no dejarme dormir: ¡ven y tócala! Llénala de ti para nacer en tus ojos, en tu piel, ser tú y luego descansar.

Pasan sobre Joaquín tantos ojos que acallan su voluntad húmeda, su voluntad desquebrajada, ésa que ya no ve dónde empieza el sueño y dónde termina.

- María Dolores, háblame del Zócalo y las quesadillas ¿todavía vuela la bandera? ¿todavía suenan en el metro los cojos cantarines? María Dolores, no recuerdo si existe el sol, si en verdad hay una luz que pinte los relieves de la catedral.

Mojado deambuló durante horas hasta llegar a la estación del metro Covent Garden. Bajó en la parada Oval. Se fue caminando hacia su departamento. Ahí lo esperaba una puerta parchada. Forcejeó un poco con ésta y se abrió con un rechinado. Encendió la vela que había en el escritorio lleno de papeles y comida. Sentado se decidió a leer la carta. No lloraba ya; hace dos años que no lo hacía al leer las cartas de Dolores. Conforme sus ojos iban repasando la carta, sus cabellos se desprendían de la piel, húmedos, como huella de su amor por aquella mujer invisible: sensación que engendra las cenizas de aquella presencia inexistente:

- Dolores, espero que me tapes en mi delirio invernal; siempre te espero, aunque no existas y tenga que taparme con el olor de tus letras.

"Londres, 9 de noviembre de 1987.

Amor mío, no sé cuánto tiempo esperaré más. Lo único que hago desde que te fuiste es esperar, y esperar, y esperar. Cada cosa se desparrama a mi paso, las catedrales de Londres no hablan, Dios muere y quedan los rastros de su andar en las

piedras de todos estos edificios, sí, aunque tú digas que es un delirio, isé que lo dices! por eso te fuiste y cada hora y segundo te vas. Quiero hacerte saber que Dios ya no existe; no habla... Perdona, soy grosero contigo, no lo quiero... ¡A que no te imaginas! ¡Me compré aquella gabardina que tanto quería! Se le mete un poco el agua por entre los descosidos. Es más caliente que el suéter, aquel tejido ya hace tanto tiempo por ti, pero no creas que lo voy a desechar, para nada ¿cómo? si eres tú misma, son tus manos y tu pelo, tus ojos ilo tejen a mi piel! tus dedos en el estambre de tus cabellos. Cómo crees que lo puedo tirar si eres tú.

Quisiera decirte, mi amor: quiero que vengas. Desde que te fuiste ya no puedo vivir. Todo se me hace tan difícil. Creo que me voy a volver loco. Te amo aunque te hayas ido con ese pelafustán inglés ¿todavía vives con él? Te odié tanto pero ya te perdoné. Por favor, mi amor, dime cuándo vas a venir, tú sabes, sin ti nada significa el estar aquí.

Te amo: Joaquín.

P.D. Por favor, si ves a mis papás les das mis saludos y que me escriban; hace mucho no recibo carta de ellos... te amo".

"México 10 de noviembre de 1987

¡Ya te he dicho antes que no estoy enojada contigo Joaquín, ¿me escuchas Joaquín? ¡no te hagas el sordo! Eres un necio. Te amo y tú no sabes esperar. Nunca lo aprendiste, ya vez lo que me dices: "dios se muere". Por qué dices eso, eso, eso. Dios te cuida y vela por ti. Pero no, soy yo, María Dolores y te quiero, Joaquín, discúlpame. Ahora mismo mi corazón está

acongojado por las noticias de que te estás muriendo por mí. Ya sé, me has perdonado lo del inglés; nunca lo quise, fue para hacerte una pequeña maldad. Lo odio, te amo a ti. Y si nos venimos a vivir a México fue para hacerte enojar un poquito. Quiero estar contigo, mi amor, mi vida, loco, loco, idiota, te amo. No me olvides nunca, espérame, voy para allá, y cuando estemos juntos vas a ver cómo las cosas cambian para los dos. No se te olvide taparte bien, eres muy enfermizo mi niño, no quiero verte malito, está bien.

Tuya: María Dolores".

Dolores sabía que esa tarde iba a llegar carta de Joaquín, ¡qué alegre se ponía! Se apuró a arreglarse frente a un medio espejo donde el azogue reflejaba ciertas partes de la cara. Se pintaba los grandes ojos negros. Se enchinaba las pestañas lacias. Al final los labios, de un rosa chillante. En su cabeza de escasos cabellos negros, se ponía la peluca roja. Se observó en el espejo y sólo vio la mitad de su cara, como si la otra estuviera desdibujada o desaparecida. Tomó su gabardina y salió en pos de la carta.

En el buzón marcado con "María Dolores García" una carta esperaba: era de Joaquín. La tomó y la apachurró contra su pecho. Sin más, salió.

Como todas las horas, todos los días y meses, el frío era insoportable. Traía su gabardina aplasticada, su vestido escocés, y sus tacones viejos de charol y cuencas. Corrió por los aparadores, no le decían nada; por las calles tapizadas de hojas secas que alguna vez fueron verdes. El viento silbaba por su peluca, ésta se movía como sentenciando que iba a volar. Se

dijo, Joaquín: si pudiera ser dueña del tiempo serías mía. A soñarte, a besar la sombra de tus pechos sobre mi piel. Besar tu boca para hacerla mía. Besar tus ojos con los que miro, y amar tu calor en el vaho de mi aliento. Seríamos uno porque nos amamos. Espérame Joaquín, espérame. No te mueras".

Se fue caminando hacia el departamento en la inconsciencia del frío. La nieve despintaba su maquillaje. Llegó. Entró tras el rechinido de la puerta y encendió la vela. Puso el sobre mojado en la superficie desordenada del escritorio. Lo abrió y leyó.

"Londres 11 de noviembre de 1987

¡María Dolores, me muero! no resisto esta soledad sin ti..."

Mientras Dolores leía, su peluca chorreaba y su cara se iba destiñendo sobre las letras, de tal suerte que dejaba ver su piel morena, su amalgamada piel despintada. Sus ojos lloraban el rimel por cada parte de su cara. Llorar, se repetía Dolores; por las lágrimas de Joaquín vertidas en cabellos.

Putra maldita... te fuiste y me abandonaste. Tú, prometiste que nunca te ibas a ir. Te largaste y yo aquí, tapándome con los celos de tu piel. Eres como la serpiente que deja pieles por todos lados; isí, me dejaste una sola piel, una piel muerta y te llevaste lo demás! No quiero esperarte más..."

- No Joaquín, no, eres mi niño, al que más amo, perdóname, quiero ser contigo. Dios cobija tu muerte, eres una puta Joaquín... No me grites los sueños. Te los voy a escupir sobre tu lengua, la que insulta las desdichas de esa puta Dolores, María, de esa puta Joaquín.

Y al gritar esas frases se iba desprendiendo la peluca para dejar ver su ya casi cabeza calva. La frotaba contra su cara e iba quedando de ella, él.

"Te amo y te voy a matar. Te voy a desaparecer para siempre, aunque sea yo el muerto en ti. Te odio tanto... El pensarte hace que me cubra con tus letras y así dormir, arrullado en la evocación tuya en mí..."

- ¡Joaquín, maldito! Duerme, no salgas descubierto. Hoy Londres te ha de enfermar. Duerme en el arrullo de mis ojos ¡Yo te canto maldita! Soy la voz y no dejaré que mates a Dios...

El cuarto era un sólo movimiento en su cerebro. Corrió y quiso escapar de las frases que latigueaban su conciencia. De repente, se topó con el espejo roto y se quedó perdido en la mirada de sus ojos. Se dio cuenta de su calva, del rimel que escurría por sus cachetes morenos. Observó el lápiz labial por los poros de la barba y el cuello, sus labios con medios tintes rosas, sus manos con unas cuantas uñas postizas y sus pies con un zapato. Volvió y alzó la vista para mirarse en aquel espejo que ahora proyectaba sus dos caras derrotadas. Derrotado se sentó en la silla móvil. Quitó las cartas inútiles y los vasos que contenían residuos de cerveza, sacó un papel manchado con gotitas de rimel y se puso a escribir.

"Londres 11 de noviembre de 1987

Querida María Dolores, por fin llegaste, me da mucha pena no haberte esperado, pero me tenía que morir ¿sabes? Ya no sabía cómo vivir sin ti. Desde entonces sólo pienso en lo feliz que pudimos haber sido. Tú lo sabías, pero así son las cosas. Adiós y mucha suerte. No quiero en esta carta ponerte ninguna posdata. Quiero que les digas a mis padres, si los ves en México salir un día de muertos, que voy con ellos, que los quiero. Ahora, querida María Dolores, te espero no sé dónde.

Tuyo: Joaquín".

Hilando al tiempo de cristal se terminó de imprimir el 13 de septiembre de 1994, en los talleres gráficos de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Abasolo 600, Pachuca, Hgo. El tiro consta de 150 ejemplares.



Arturo G. del Angel nació en Pachuca, Hidalgo, el 31 de octubre de 1963. Cursó sus estudios en la ciudad de México. Realizó la carrera de fotógrafo en lo que fue "Casa de Imágenes", continuándolos en London Schul of Art, en Inglaterra.

Su interés por las diferentes culturas lo llevaron, por varios años, a continentes y países tanto europeos, asiáticos, como latinoamericanos y norteafricanos.

A lo largo de sus viajes realizó varios trabajos, desde lavaplatos y cocinero, hasta trovador de metro y fotógrafo de periódicos.

La síntesis de estas experiencias se han proyectado en diferentes actividades culturales realizadas por Arturo a lo largo de los noventa, como son exposiciones individuales de fotografía y publicaciones. Actualmente está por terminar sus estudios de etnología en la E.N.A.H.

La combinación de etnología, viajes y fotografía da hoy como resultado la publicación de *Hilando tiempos de cristal*, donde el autor trata de plasmar diferentes saberes en una prosa que sugiere el mismo hecho de la vida y la muerte; del viaje y la cultura, de la imagen y la tradición: el mundo en una metáfora, ilustrada por una lente suspicaz.